

ALGO HORRIBLE EN LA CIENAGA

CLARK CARRADOS

—Lo único que les diré es que ya no puedo morir. Si me matan, ustedes vendrán a reunirse conmigo algún día.

—¿Cómo se comprende eso? —exclamó Faith, aprensiva, pero desconcertada—. No puede morir, pero admite que podemos matarle…

—Mi querida señora Deedin, lo que acabo de decir es demasiado elevado para su intelecto de mosquito —respondió Raddison con acento sarcástico—. Por tanto, dejaré que lo comprenda… cuando llegue el momento oportuno y, repito, vendrá a reunirse conmigo.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Logan, colérico—. ¡Palabras, palabras, palabras; eso es lo único que hemos conseguido en cinco años!

—Entonces, ha llegado ya la hora —exclamó McCain.



Clark Carrados

Algo horrible en la ciénaga

Bolsilibros: Selección Terror - 193

ePub r1.0
xico_weno 25.10.17

Título original: *Algo horrible en la ciénaga*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Faith Deedin era la menos resuelta de todos, pero Gerald McCain se lo había advertido con inequívoca dureza:

—El acuerdo es irrevocable. Todos hemos de tomar parte en el asunto. Así quedó establecido y así se ejecutará. Te lo advierto: tendré otro revólver en el bolsillo. Si veo que no haces fuego, te mataré.

A Faith no le importaba que el tipo muriese. A fin de cuentas, se sentía terriblemente irritada contra él, ya que le había timado más de diez mil libras, sin conseguir a cambio nada práctico. Y ella no era la más perjudicada; había personas cuya pérdida alcanzaba o rebasaba las veinte mil libras.

—Cumpliré con mi parte del acuerdo —aseguró.

Alguien le había entregado un revólver cargado, explicándole de paso, cómo funcionaba el arma. Luego, McCain había dicho:

—Hemos de encontrar ocho impactos, así que procura apuntar bien, ¿entendido?

El miedo atenazaba la garganta de Faith Deedin, pero, al mismo tiempo, sentía una furia casi insensata contra el hombre que le había despojado de la mayor parte de sus ahorros. Sí, Allan Raddison tenía que morir.

—Apuntaré bien, descuida —contestó.

Y ahora, todos estaban reunidos en el gran salón, en torno a una mesa ovalada, de la que ocupaban sólo una mitad. Cuando Allan Raddison entró y vio a las ocho personas, cuatro hombres y cuatro mujeres, sonrió con desdén.

—Esto parece un jurado —comentó.

—«Es» un jurado —confirmó David Logan.

—Hemos deliberado y llegado a un veredicto —dijo Susan Stevens.

—De culpabilidad —añadió Lita Curmond.

Sin dejar de sonreír, Raddison se sentó en el centro de la mesa, de modo que quedaba en un punto casi equidistante de los congregados en el salón.

—Deliberación, veredicto y… ¿qué viene después? —preguntó.

—Ejecución de la sentencia —dijo Ralph Weston ceñudamente.

—Muy bien. —Raddison no parecía preocuparse mucho por la actitud de las ocho personas que estaban en semicírculo frente a él —. Admito sus razones, señoras y caballeros; comprendo su irritación, porque todos, quién más, quién menos, han perdido unas bonitas sumas de dinero. Pero no es más que una pérdida aparente, porque en muy poco tiempo pienso lograr la fórmula…

—Ahórrese las palabras, Allan —cortó Rossiter Glenville—. Hace más de cinco años que venimos sufragando sus trabajos y en todo ese tiempo no ha hecho más que dar largas al asunto. La broma me ha costado a mí dieciocho mil libras y, puesto que no las voy a recuperar, al menos, me daré el gusto de pensar que el que se burló de mí fue a parar al infierno.

—Yo he perdido doce mil libras —se quejó Alma Creach.

—Conozco las sumas que me prestaron cada uno de ustedes —dijo Raddison fríamente—, de modo que pueden ahorrarse esa parte de las lamentaciones. Lo único que les diré es que ya no puedo morir. Si me matan, ustedes vendrán a reunirse conmigo algún día.

—¿Cómo se comprende eso? —exclamó Faith, aprensiva, pero desconcertada—. No puede morir, pero admite que podemos matarle…

—Mi querida señora Deedin, lo que acabo de decir es demasiado elevado para su intelecto de mosquito —respondió Raddison con acento sarcástico—. Por tanto, dejaré que lo comprenda… cuando llegue el momento oportuno y, repito, vendrá a reunirse conmigo.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Logan, colérico—. ¡Palabras, palabras, palabras; eso es lo único que hemos conseguido en cinco años!

—Entonces, ha llegado ya la hora —exclamó McCain.

Faith estaba sentada a su izquierda y le dio el codazo. Ella abrió el bolso, lo mismo que las otras tres mujeres. Los cuatro hombres sacaron sus armas.

Ocho revólveres formaron un mortal semicírculo en torno a Raddison, de cuyos labios no se había borrado la sonrisa desdeñosa

con la que había aparecido desde el primer momento.

—¡Creerán que me matan, pero soy inmortal y vendrán a reunirse conmigo! —gritó.

Sonó el primer disparo. Faith cerró los ojos y apretó el gatillo.

Fue una descarga irregular, de ocho tiros que no sonaron ninguno al mismo ˆtiempo. Pero las ocho balas alcanzaron a Raddison en alguna parte de su cuerpo, a partir de la cintura hacia arriba.

Faith empezó a llorar, sin abrir los ojos. De este modo se evitó ver a Raddison lanzado hacia atrás por los proyectiles.

La atmósfera se hizo irrespirable.

—Abrid una ventana —pidió Lita Curmond, tosiendo aparatosamente.

—¿Se habrán oído los disparos? —preguntó Glenville, aprensivo.

—Imposible —contestó Logan—. Hendon Cottage está demasiado alejado de las demás posesiones de la vecindad. Por otra parte, el salón estaba cerrado herméticamente y…

Weston se levantó y se inclinó sobre el caído, que aparecía tendido de espaldas, con una mano en la boca. Todavía había ligeras convulsiones en su cuerpo, pero, al cabo de unos momentos, se quedó completamente inmóvil.

—Bien —dijo Weston—, ya hemos hecho justicia. ¿Y ahora?

—Sugiero pegar fuego a la casa —exclamó Alma Creach.

—No —contradijo McCain—. Se encontraría un cadáver carbonizado, sí, pero las balas, al menos unas cuantas, acabarían por salir. A parte de eso, debe de haber algún impacto en un hueso. Veo un tiro en la mandíbula…

—¡Por favor! —gimió Faith.

—¡Cállate, estúpida! Había que hacerlo y ya está hecho. —McCain se volvió hacia los demás—. No podemos incendiar el Cottage; llamaría demasiado la atención. Por fortuna, creo que todas las balas se han quedado en el cuerpo, de modo que no hay impactos en las paredes.

—El suelo está lleno de sangre —rezongó Glenville.

—Las mujeres pueden encargarse de lavarla. Los trapos que usen se quemarán en la chimenea.

—¿Y el cadáver?

Los ojos de McCain fueron más allá de las cortinas entreabiertas

de la ventana que tenía a dos pasos de distancia.

—La ciénaga —contestó sombríamente.

—No es mala idea —aprobó Logan—. Nunca encontrarán allí el cadáver de ese traidor.

—Voy en busca de una manta. Ralph, mira a ver si encuentras una linterna. Los hombres nos encargaremos de arrojar el cadáver a la ciénaga; sólo está a kilómetro y medio y, mientras, las mujeres, pueden lavar la sangre.

Faith parecía petrificada. McCain la sacudió con fuerza.

—Vamos, a trabajar —la apostrofó duramente.

—Cuanto antes lo hagamos, antes podremos irnos —dijo Susan Stevens, pálida, pero sin lamentar en absoluto lo que acababa de suceder.

Media hora más tarde, un cuerpo humano se sumergía en las fangosas y pestilentes aguas de la ciénaga. Weston alumbró la escena con su lámpara eléctrica. Grandes burbujas surgieron lentamente a la superficie y explotaron con sordos chasquidos.

David Logan meneó la cabeza.

—Hemos cumplido el acuerdo, en efecto —dijo—, pero me pregunto si ha servido para algo.

—Ha servido para castigar a un estafador —contestó McCain violentamente.

—Sí, pero no hemos recobrado el dinero.

McCain se encogió de hombros.

—Ya está hecho —dijo tercamente.

—Gerald tiene razón; ya no podemos volvernos atrás. Lo único que debemos hacer es guardar silencio. Nadie debe saber jamás lo que ha sucedido aquí —intervino Weston.

—Las mujeres deben de estar a punto de terminar de limpiar la sangre —dijo Glenville—. Será mejor que nos vayamos cuanto antes.

Cuatro hombres dieron media vuelta y emprendieron el camino a Hendon Cottage. Detrás de ellos, la ciénaga aparecía quieta, tranquila, guardando el secreto del horrible crimen que se había cometido.

* * *

Hugo Droxton llamó a la puerta de paneles de roble y aguardó unos momentos. Cuando la puerta se abrió, vio a una hermosa

joven al otro lado, que le contemplaba con interés.

—¿Sí? —dijo ella.

Droxton se descubrió con cortesía.

—Busco a la señora Forrester —dijo.

—Soy yo, pero el apelativo no es correcto, ya que no me he casado —dijo la joven—. ¿En qué puedo servirle, señor…?

—Droxton, Hugo Droxton, señorita Forrester. —El visitante se cambió el sombrero de mano y puso el paraguas enrollado en el antebrazo izquierdo; a fin de tener la mano libre para sacar del bolsillo de su chaqueta un recorte de periódico—. He leído este anuncio y pensé que mis servicios podrían interesarle —añadió.

Sylvia Forrester contempló unos instantes al hombre que tenía frente a sí, de buena apariencia, unos treinta años y vestido como un oficinista de la City, aunque con cuello almidonado, alto y corbata negra.

—Usted… —dijo, desconcertada.

—Según el periódico, S. Forrester necesita mayordomo y chófer —manifestó Droxton, impasible—. Creo poseer las aptitudes necesarias para el cargo, como demostraré adecuadamente, caso de que la señorita juzgue conveniente admitirme a su servicio.

—Pero… tan joven… —exclamó ella.

—Dentro de cincuenta años, la señorita, que ya será una encantadora anciana de abundante cabellera plateada, dirá a sus nietos; «Hugo es una joya, queridos; hace medio siglo que está a mi servicio y jamás he tenido que arrepentirme de haberlo contratado como mayordomo».

Sylvia se echó a reír y unos graciosos hoyuelos se marcaron en sus mejillas, lo que la hizo parecer mucho más atractiva todavía.

—Tiene usted un magnífico humor —dijo—. Pero antes de contratarle, debo someterle a un pequeño examen. Pase, por favor, señor… ¿cómo dijo antes?

—Droxton, señorita, aunque, por supuesto, puede llamarme Hugo.

—Bien, Hugo, ahora va a ver en qué consiste el examen.

Droxton entró en la casa, grande, elegantemente decorada, con cuadros que, si no eran originales, tenían la virtud de ser buenas copias de firmas acreditadas. Sylvia se acercó a una de las paredes y tiró de un cordón.

Momentos después, apareció una mujer de unos cincuenta años, un tanto regordeta, de mejillas encarnadas y pelo entrecano, vestida con un traje negro y ribetes blancos en cuello y puños.

—Brooksie, éste es el señor Droxton. Hugo, le presento a la señora Sloan, mi ama de llaves —dijo la muchacha.

Droxton se inclinó cortésmente.

—Señora Sloan…

Brooksie le miró especulativamente.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos—. Tiene buen tipo y parece inteligente.

—Mil gracias, señora Sloan —sonrió Droxton.

—El examen ha resultado satisfactorio. Hugo, a partir de ahora es usted mi mayordomo. El sueldo será de doce libras semanales y, por supuesto, con alojamiento y comida. ¿Ha traído su equipaje?

—Lo tengo abajo, en un taxi —respondió el interpelado—. No me atreví a subirlo, temiendo una negativa a mis pretensiones…

—Puede traerlo, Hugo —dijo Sylvia—. A propósito, ¿le gusta vivir en el campo?

—Iré a donde me mande la señorita.

—Gracias, Hugo; dentro de cierto tiempo, abandonaremos Londres. La casa es alquilada y no acaba de gustarme demasiado. Usted no sabe quién soy yo, ¿verdad?

—Es la señorita Sylvia Forrester…

Ella sonrió enigmáticamente.

—Todavía es un poco pronto para que conozca mi otra personalidad —dijo—. Ande, vaya a por el equipaje, Hugo.

—Sí, señorita.

Droxton desapareció. Sylvia se volvió hacia la señora Sloan.

—¿Qué le parece, Brooksie? —consultó.

—Está bien… aunque un poco joven. De todos modos, si no tiene modales, yo se los haré aprender —respondió el ama de llaves.

Sylvia se echó a reír.

—No sea arisca con él, Brooksie —rogó—. No sé por qué, pero presiento que Hugo es el mejor mayordomo que podía haber contratado.

—Al menos, tiene el nombre adecuado para un mayordomo —dijo la señora Sloan.

CAPÍTULO II

En mangas de chaleco, rayado por delante, Droxton pasaba el plumero por las consolas del salón, mientras del fondo de la casa llegaba el tecleo de una máquina de escribir. La señora Sloan estaba en la cocina, con la radio encendida, escuchando un serial cuya protagonista principal era una huérfana, perseguida por una banda de villanos que querían apoderarse de su inmensa fortuna. La huérfana había sido atada a una vieja canoa, que se dirigía raudamente hacia las cataratas, en donde su bello cuerpo se destrozaría indefectiblemente al chocar contra las agudas rocas del fondo. El héroe, tendido en el suelo, estaba inconsciente a consecuencia de un traidor golpe y parecía que nada podría evitar la suerte de la heroína…

De pronto, llamaron a la puerta. Droxton abandonó el plumero, cruzó el salón y el pequeño vestíbulo semicircular, algo más elevado que aquél, y abrió la puerta.

—El correo para *miss* Forrester —anunció el impecable conserje.

—Mil gracias —dijo Droxton.

El conserje se retiró. Droxton puso las cartas sobre una bandeja y, cruzando el salón, llamó discretamente a la puerta del gabinete donde trabajaba la muchacha.

—¿Quién? —preguntó Sylvia.

—El correo, señorita.

—Ah, pase. Hugo.

Droxton abrió la puerta. Sylvia se atusó el cabello y sonrió.

—Estoy atascada —dijo—. Será mejor que me tome un ligero descanso.

—Si lo desea, diré a la señora Sloan que prepare un poco de té, señorita —sugirió Droxton cortésmente.

—No, no es necesario. Puede que un baño caliente me siente mejor… Gracias de todos modos, Hugo; puede retirarse.

—Sí, señorita.

Droxton volvió al salón y continuó su tarea. Habían pasado diez minutos, cuando oyó un grito.

Alarmado, corrió hacia el gabinete y abrió la puerta.

—¡Señorita!

Para su sorpresa, Sylvia le miró con la sonrisa en los labios. Había un brillo de júbilo en sus hermosos ojos azules.

—Lo he conseguido —exclamó—. Me han comprado los derechos de mi obra El devoto de la muerte. Será una película estupenda y… —Sylvia se dio cuenta de la expresión de asombro que aparecía en el rostro de su mayordomo—. Oh, es cierto —exclamó—, lo había olvidado… Usted no conoce aún mi otra personalidad, Hugo.

—Espero que la señorita no sea un nuevo doctor Jekyll y *Mr.* Hyde —sonrió Droxton.

—En absoluto —contestó Sylvia—. Pero ¿no ha leído usted las novelas de H. K. Pennicut?

—¿Pennicut… el autor de novelas policíacas y de «suspense»?

—En efecto. Soy yo, Hugo.

—¿Quién lo dijera…? —Droxton carraspeó—. Permítame que la felicite, señorita; nunca pude imaginar que llegase a alcanzar un honor tan elevado. ¡Pennicut, mi autor favorito!

—¿Lo dice en serio, Hugo?

—No podría mentir a la señorita. Si lo desea, puedo recitarle los títulos de todas sus novelas…

Sylvia rió argentinamente.

—Me basta con su palabra, Hugo —dijo—. Lo que sucede es que, si es cierto que Pennicut ha logrado cierta fama, hasta ahora no había podido llevar ninguna de sus obras a la pantalla. Ya lo he conseguido y ahora mismo voy a redactar la respuesta de aceptación para una entrevista en la que se discutirán los términos del contrato. Usted la llevará al correo, ¿no es así?

—Estoy a las órdenes de la señorita —contestó Droxton, con una profunda inclinación.

—Le llamaré cuando tenga la carta lista, Hugo.

—Bien, señorita.

Droxton volvió de nuevo al salón. Dos minutos más tarde, Sylvia le llamó con voz aguda:

—¡Hugo, venga!

Droxton cruzó la estancia. Sylvia tenía en las manos un sobre y una carta.

—Fíjese, Hugo —dijo ella—. La cantidad de estupideces que llegan a escribir algunas personas. Lea, por favor.

Droxton tomó la cuartilla y paseó la vista por los renglones escritos con grandes mayúsculas:

TU FUISTE UNA DE LAS QUE DISPARO CONTRA MI. ENTONCES, DIJE QUE UN DÍA VENDRÍAS A REUNIRTE CONMIGO. PRONTO LLEGARA LA HORA DE LA REUNIÓN.

—¿Conoce la señorita a alguien cuyo nombre empiece por esas dos iniciales? —preguntó Droxton, tras la lectura de la carta.

—No, al menos, no recuerdo en estos momentos. Pero es una estupidez, ¿no le parece? Yo soy autora de novelas policíacas y jamás he tocado un revólver, aunque tengo un libro que trata de todas las armas de fuego que se han construido hasta la fecha. Pero decir que disparé contra ese hombre…

De pronto, Droxton reparó en un detalle.

—Permítame, señorita. —Y cogió el sobre que ella conservaba todavía en la otra mano. Después de leer el anverso, volvió a mirarla—. Temo que ha abierto una carta que no estaba dirigida a usted, señorita.

Sylvia lanzó una exclamación de sorpresa. Miró el sobre y vio el nombre de Lita Curmond.

—Pero la dirección es la misma, es decir, esta casa…

—Puede que el cartero la dejase en el buzón del vestíbulo por inercia —apuntó Droxton—. ¿Conoce la señorita al anterior inquilino de la casa?

—No, en absoluto; pero esto me parece una broma de mal gusto —dijo Sylvia.

—En todo caso, la broma no iba dirigida a usted. Con su permiso, iré a preguntar al conserje si conoce a la señora Lita Curmond.

—El sobre no trae indicación del remitente —manifestó la joven —. Yo no me fijé siquiera en el anverso, dando por sentado que era para mí.

—Sí, se comprende, y nadie puede hacerle el menor reproche.

Droxton se fijó en el papel de la misiva, bastante grueso y, le pareció, cubierto de una finísima película de grasa. El papel casi parecía cartulina.

Olía muy débilmente, pero el olor no tenía nada de agradable. Era hedor a ciénaga, pensó.

—Aconsejo a la señorita que se lave las manos —dijo—. Voy a hablar con el conserje.

—Bien, Hugo.

Droxton volvió minutos más tarde.

—El conserje dice que la señora Curmond se marchó hará cosa de cuatro semanas, pero que no dejó dirección alguna —manifestó —. Me he permitido quemar la carta y el sobre; a fin de cuentas, no era una misiva agradable de leer. Modestamente, creo que ha sido una decisión acertada.

Sylvia sonrió.

—Yo también lo creo así. Muchas gracias, Hugo —contestó.

—La señorita dijo antes algo de llevar una carta al correo…

—Oh, no importa. La escribiré mañana. Es su día libre, me parece.

—Sí, señorita.

Droxton se retiró, y volvió a su trabajo.

* * *

Sylvia se sentía desvelada y no tenía ganas de acostarse todavía. Escribió la carta de respuesta a su representante literario y luego fue al salón, que estaba casi a oscuras. De pronto, vio algo de luz en una puerta.

Curiosa, se acercó y abrió un poco, Droxton, sentado ante una mesa, escribía en un cuaderno, suspendiendo de cuando en cuando la tarea para consultar algo en unos cuantos libros que tenía abiertos frente a sí.

De pronto, Droxton se dio cuenta de que no estaba solo y se volvió. Inmediatamente se puso en pie.

—Señorita —exclamó.

Sylvia Se puso colorada.

—Sospecho que le he interrumpido —dijo—. Pero me sentía un tanto insomne…

—A causa, sin duda, de la carta amenazadora.

—No es eso. Se trata de que estoy atascada en un pasaje de la

novela que estoy escribiendo, pero… ¿qué hace usted? ¿Estudia?

—Un poco —contestó Droxton evasivamente.

Sylvia le miró con ojos inquisitivos.

—Hugo, usted no es la persona que parece —dijo.

Droxton sonrió.

—¿La señorita se siente insatisfecha de mis servicios? —preguntó.

—Oh, no, no, por Dios —contestó ella vivamente—. Sólo hice un comentario, pero si le molesta…

—De ningún modo, señorita. ¿Quiere que le prepare un poco de té? Quizá le ayude a conciliar el sueño.

—Gracias, Hugo; leeré un poco en la cama. Es lo mejor para dormir —sonrió Sylvia—. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

Cuando salía, Sylvia se volvió.

—Ya he escrito la carta. Puede llevársela mañana, Hugo.

—Bien, señorita.

Sylvia se fue a su dormitorio. Hugo no parecía un mayordomo corriente. Tenía aspecto de hombre culto y sus modales y expresiones eran sumamente refinados.

Claro que esto era propio de todo mayordomo, pero… aun así, veía en él cierta «clase» que la tenía no poco intrigada.

Pero le parecía indiscreto preguntar detalles íntimos a un servidor. Algún día, se dijo, sabría en qué consistían los estudios de Hugo.

* * *

El hombre caminaba por la calle, cuando, de pronto, se detuvo y se frotó la mano izquierda que le picaba mucho. Al cabo de unos instantes, siguió su camino.

Un poco después, notó que el pie derecho le picaba también. Era un picor tan intenso que se vio obligado a detenerse para apoyarse en la pared con la mano izquierda y usar así la otra para rascar la parte del pie que le asomaba fuera del zapato.

Un par de transeúntes se cruzaron con él y le miraron sin demasiada curiosidad. Ralph Weston volvió a reanudar su camino, dándose cuenta ahora de que el picor se extendía por toda la superficie de su cuerpo.

Tendría que ir a casa y meterse en el baño, pensó. Tal vez algún

alimento no estaba en buenas condiciones y le producía aquella dermatosis… una vulgar urticaria.

A unos cien metros de distancia, había unos cuantos obreros, en torno a una valla circular, señalizada, que indicaba el acceso a una alcantarilla. Mucho antes, Weston vio venir hacia sí a una dama conocida.

A Weston le gustaba vestir con gran elegancia, muy atildadamente. Por eso llevaba sombrero, prenda no muy común en un hombre de su edad, que había rebasado hacía poco los treinta años. Cuando vio que la dama estaba a un paso de distancia, llevó la mano derecha al sombrero, para quitárselo y ejecutar un impecable saludo.

Ella vio la mano y lanzó un atroz chillido, después de lo cual echó a correr, como si hubiera visto al mismísimo diablo. Simultáneamente, Weston llegaba con la mano al sombrero, pero no pudo asirlo y el cubrecabezas rodó por el suelo.

Mascullando interjecciones de rabia contra sí mismo, se agachó para recoger el sombrero con la mano izquierda. Algunas personas habían oído el grito de terror femenino, pero viendo que no pasaba nada grave, siguieron andando, sin preocuparse más del asunto.

Diez metros más adelante, Weston empezó a cojear. Extrañado, se preguntó por qué, de repente, su pierna izquierda parecía haberse quedado más corta que la derecha.

De pronto, notó que su frente se cubría de un sudor frío. Al mismo tiempo, percibió un olor nada agradable.

Una vez había estado en un sitio donde se olía de aquella forma. Casi en el acto, recordó la ciénaga próxima a Hendon Cottage.

Una extraña angustia invadió su ánimo. Era algo muy raro, una horrible sensación, física y psíquica al mismo tiempo. Le pareció que una voz muy distante le llamaba desde el otro lado del Universo: «Ven…, ven…, ven…».

Ahora se había detenido, porque, de repente, ya no tenía fuerzas para caminar. Él bastón se desprendió de su mano izquierda.

Los objetos empezaron a tomar formas borrosas delante de él. Estaba a seis u ocho pasos de los poceros, quienes daban los últimos toques a su trabajo. Súbitamente, Weston sintió un terrible picor en la cara.

Elevó la mano derecha. Entonces vio que la mano se había

convertido en una cosa informe, de color gris sucio, sin dedos…

Alguien lanzó un grito:

—¡Eh, mirad eso!

Weston dio un paso, pero no pudo seguir. De repente, se encontró caído en el suelo.

La gente gritó y se arremolinó y huyó espantada. Weston quería hablar, pero no podía ya emitir el menor sonido.

Y aquella voz seguía llamándole:

—Ven…, ven…, ven…

Los poceros, hombres rudos y habituados a ver muchas cosas, se acercaron al caído. Uno de ellos emitió un juramento.

Aquello que había en el suelo, no tenía ya apenas forma humana. Lo único de persona que quedaba eran las ropas. En la cabeza se borraban rápidamente los rasgos faciales. Las manos parecían aletas de foca, pero de dimensiones mucho menores.

Una mujer lo vio y se desmayó aparatosamente. Alguien gritó llamando a la policía.

De pronto, la cosa en que se había transformado Weston se salió de las ropas y empezó a deslizarse hacia la abierta boca de la alcantarilla. Los chillidos aumentaron.

La gente se aglomeraba en aquel lugar, sin comprender muy bien lo que sucedía. Los poceros vieron una hedionda masa grisácea, semilíquida, que se deslizaba por la calzada hacia la alcantarilla. Era algo horripilante, como fango consistente, que despedía un olor insoportable.

La cosa llegó al borde del pozo y se «derramó» en su interior. Segundos más tarde, había desaparecido de la vista de todos los presentes.

CAPÍTULO III

Inesperadamente, Hugo Droxton se tropezó con un nutrido grupo de gente, agolpado en las inmediaciones de una obra de saneamiento, del que brotaban los más diversos comentarios. Había un par de policías de casco hablando con los presentes. Un coche de patrulla llegaba en aquel momento.

—Se transformó en un monstruo —oyó Droxton a una mujer.

—Hedía, apestaba —dijo otra.

—Era un hombre, pero se convirtió en una cosa horrible. Jamás había visto nada semejante —dijo un pocero.

—Parecía pasta de carne, pero muy bien batida —añadió otro de los empleados de la limpieza.

—Algo así como chocolate espeso, pero de color gris verde… ¡Y había que oler aquello! No se podía aguantar…

—Ahí están sus ropas, agente, por si no quiere creernos. Mire, incluso estoy viendo su reloj de pulsera.

La gente rebasaba la acera e incluso invadía buena parte de la calzada. Algunos conductores, impacientes porque veían obstaculizado el tránsito, empezaron a hacer sonar sus bocinas.

Droxton no prestó demasiada atención a los comentarios. Pidiendo perdón a cada momento y empleando los codos con hábil, pero firme cortesía, logró abrirse paso entre el espeso gentío y salir al otro lado.

—Uf —dijo, cuando se vio en terreno despejado—. Se nota que hay demasiada gente que no tiene nada que hacer…

A los doscientos pasos, se encontró de repente con una cara conocida. Droxton se detuvo y miró fijamente a la hermosa mujer que tenía frente a sí.

—Puede que sea un grosero… pero tú eres Susan Stevens —dijo.

Ella le tendió una mano. Era una rubia espectacular, de poco más de treinta años, harto conocedora de toda clase de trucos y

artimañas que pudieran hacer resaltar todavía más su espléndida figura.

—Nunca lo negaría, Hugo Droxton —contestó—. También debo decir que, de todas las personas a quienes conozco, tú eres el último con quien podría pensar en encontrarme.

—Pero nos hemos encontrado —rió él—. Por tanto, soy el primero… dejando de lado a tu marido.

—El señor Stevens se fugó el año pasado con una oriental —dijo Susan—. Y no he tenido que lamentarlo; de este modo, el divorcio ha resultado mucho más fácil.

—Bueno, no sé qué decir. ¿Te felicito o te doy el pésame?

Susan se echó a reír, a la vez que se colgaba de su brazo.

—Felicítame, hombre —exclamó—. Oye, ¿qué pasa allí? —preguntó de súbito, al ver el gentío.

—No sé, quizá un atropello… No me gustan las aglomeraciones, Susan.

—Tienes razón, Hugo. Creo que deberíamos dar un rodeo.

—Por supuesto. Ah, aguarda un momento; debo echar una carta al correo.

No lejos de aquel lugar, había un buzón. Droxton metió la carta por la ranura y se reunió de nuevo con Susan, que vestía pamela y traje estampado de vivos colores.

—Vamos a tomar una copa en alguna parte —propuso—. Me gustaría sugerir tu casa, pero no me atrevo…

—Por lo visto, ya no me tienes como persona de tu confianza —dijo Susan, a la vez que le miraba de una forma enigmática.

—Entonces, sugiero que tomemos la copa en tu casa.

La mano de Susan, enfundada en un guante de hilo blanco, se cerró en torno al brazo masculino.

—Hoy no tengo nada que hacer —confesó jovialmente—. Había salido para reunirme con una amiga, pero resultó que tenía jaqueca. Bueno, yo creo que lo que tenía era un plan… No lo lamento en absoluto, Hugo.

—Yo tampoco —respondió él.

Minutos más tarde, entraban en un elegante departamento, en donde el color rosa era el motivo principal de la decoración. Susan se descalzó, los guantes y se quitó la pamela. Luego preguntó a su invitado por sus preferencias en materia de bebida.

—Beberé lo mismo que tú —dijo Droxton.

—Eres muy galante. Por fortuna, el vitriolo me sienta fatal. Siempre tengo que tomar bicarbonato.

Droxton lanzó una carcajada.

—Nunca perderás el buen humor, Susan —exclamó.

Ella rió también. De pronto, se puso seria, porque acababa de recordar una escena sucedida algunas semanas antes.

Aquella siniestra reunión… Ella había tenido en su mano un revólver y lo había utilizado…

Droxton se extrañó del súbito cambio de actitud de la joven.

—Susan, ¿qué te ocurre? —preguntó.

—Oh, nada, no te preocupes. —Ella hizo un esfuerzo y consiguió sonreír—. Ahora mismo pondré un par de copas. —Entrecerró los ojos y sonrió—. Hemos de brindar por este encuentro, Hugo.

Durante un rato, challaron de temas banales. Luego, Droxton le preguntó si no se había sentido decepcionada por el abandono de su marido, Susan respondió que la decepción había comenzado a los cinco o seis meses de la boda y que de ello hacía ya unos cuantos años.

—La cosa tenía que acabar así, no había otra salida —añadió—. Y, créeme, no lo lamento. Eso me servirá para no volver a caer más.

—Te retirarás a algún lugar solitario y vivirás la existencia de un eremita —dijo él.

Susan se echó a reír.

—Lo que yo quería decir es que no volveré a caer más en el matrimonio —manifestó—. Pero si encuentro a un buen amigo, pues…

Había en los ojos de Susan un resplandor lleno de promesas, que incluso el más lerdo en las cosas del amor, y Droxton no lo era, no podría pasar por alto. Susan no formuló la menor objeción cuando dos brazos masculinos rodearon su esbelta cintura.

Dos bocas se confundieron en un volcánico beso. Los níveos brazos de Susan se enroscaron como serpientes en torno al cuello del hombre. De pronto, Droxton creyó percibir un vago olor que ya le era conocido.

Pero fue una sensación que duró apenas un segundo. El perfume y el calor que emanaban del bien formado cuerpo femenino le envolvieron en un ardiente océano de pasión.

Susan se rascó la mano izquierda.

—Me pica un poco —dijo—. ¿Quieres más jerez o prefieres té?

—De momento, nada —contestó él, a la vez que levantaba la tapa de una cigarrera.

Ella le quitó de la boca el pitillo recién encendido. Por encima del humo del tabaco, flotó de nuevo aquel extraño olor.

—Si no te importa, voy un instante al baño —dijo Susan—. ¡Caramba, ahora me pica el pie!

—¿Has comido alimentos en malas condiciones? —preguntó él.

—De momento, no puedo decir nada. Pero no creo… Bueno, no te preocupes, vendré en seguida.

Susan entró en el contiguo cuarto de baño, decorado en rosa y negro. La puerta quedó entreabierta. Desde el lugar en que se hallaba, Droxton podía ver un enorme espejo, que ocupaba buena parte de la pared y que llegaba desde el techo al suelo. Ella se quitó la bata. Droxton la vio a través del espejo y sonrió mientras encendía su cigarrillo.

Susan volvió a rascarse. Inclinándose hacia adelante, abrió los grifos de la bañera. De pronto, Susan oyó una voz que la llamaba: «Ven… ven… ven…».

Asustada, se irguió.

—¿Me has llamado tú, Hugo? —gritó.

—¿Cómo dices, Susan? —preguntó Droxton.

—No… nada, no te preocupes…

Susan sintió que el picor se extendía por todo su cuerpo. Un tanto impresionada, se rascó el costado derecho.

Pero no sintió en la piel el contacto de las uñas. Atónita, volvió la cabeza un poco y se miró la mano derecha.

Un horrible alarido brotó de su garganta. Los pies habían desaparecido también. Eran unas cosas informes, de color gris verdoso, que despedían un insufrible hedor.

Alarmado, Droxton corrió al baño. Al llegar a la puerta, se detuvo en seco, horripilado por el increíble espectáculo de un bellísimo cuerpo humano que se transformaba a toda velocidad en una cosa indescriptible, algo que escapaba a todo lo imaginable.

Susan se volvió un momento. Sus ojos habían desaparecido casi por completo. Las facciones se borraban con espantosa rapidez.

Horribles sonidos brotaron de su garganta. Eran palabras que

explotaban como burbujas de fango semilíquido.

—El… me llama… no puedo resistirlo… Debo ir…

De pronto, Susan se venció hacia su izquierda y cayó dentro de la bañera.

Morbosamente fascinado, Droxton dio unos cuantos pasos. El agua seguía manando de los grifos, pero Susan no había colocado todavía el tapón en el desagüe.

Droxton se inclinó. El horror que sentía le hizo olvidar por completo el insufrible olor que desprendía aquella cosa grisácea que se agitaba convulsivamente en el fondo de la bañera. Las formas humanas se percibían cada vez menos.

Al cabo de un minuto, la cosa se deslizó hacia el desagüe. Droxton la vio adelgazar lo suficiente para penetrar a través del estrecho orificio, junto con el agua que salía de los grifos. Cinco minutos más tarde, sólo quedaba en la bañera un poco de agua limpia.

Tambaleándose como un beodo, Droxton salió del baño en busca de algo que le confortase. Empezó a preguntarse si no estaba bajo el influjo de una horrible pesadilla.

¿Acaso Susan era una drogadicta y había mezclado con el *whisky* alguna potente droga que le hacía víctima de espantosas alucinaciones?

Buscó el jerez. Antes había bebido *whisky*, pero no se atrevió a repetir, a pesar de que sabía muy bien que le convenía algo fuerte. Tomó un sorbo, pero, de repente, espurreó el líquido sobre la alfombra.

¿Y si el vino estaba también drogado?

El ruido de los grifos abiertos llamó su atención, Volvió al baño y los cerró. Había dos dedos de agua en el fondo de la bañera y ésta quedó vacía de nuevo en pocos segundos.

Regresó al dormitorio. Sí, las ropas de Susan estaban allí, tiradas por todas partes. Él lo recordaba muy bien; Susan se había desvestido con total despreocupación, riendo alegremente, ávida de satisfacer su pasión… Aquí una media, allí los pantaloncitos de encaje, más allá el sujetador…

Buscó en la cocina. En una alacena encontró botellas. Todas estaban por empezar, con el precinto en su sitio. Abrió una y bebió un largo trago.

¿Qué le había pasado a Susan?, se preguntó.

Recordó sus últimas palabras… si a aquellos sonidos se les podía llamar palabras. «Él me llama… No puedo resistirlo… Debo ir…».

¿Adónde debía ir Susan?

¿Quién la llamaba?

De pronto recordó la aglomeración de gente que había visto poco antes de encontrarse con Susan. Había oído algunos comentarios sobre el extraño suceso. Allí, en la calle, parecía haber ocurrido algo similar.

Fuese lo que fuese, por el momento escapaba a sus posibilidades de comprensión. Lo único cierto era que Susan ya no estaba.

¿Había muerto?

En aquellos momentos, Droxton no sentía el menor deseo de verse envuelto en complicaciones. Era un comportamiento egoísta… pero ¿qué dirían los policías cuando les informase de que la señora Stevens había desaparecido, escurriéndose por el desagüe de la bañera?

Eso sólo pasaba en los chistes. En cuanto lo dijera, le pondrían una camisa de fuerza.

Empezó a vestirse. Buscó los guantes y se los puso. Luego tomó el sombrero. Cuando se disponía a salir, vio un papel arrugado al pie de una consola.

Parecía una carta arrojada allí, después de estrujada. Droxton se percató de que el color del papel era el mismo que el de la carta que había recibido Sylvia la víspera: un tono crema rosado, pero muy tenue, lo justo para evitar el color blanco.

Inclinándose, recogió el papel y lo desplegó. Instantes después, creyó que los ojos se le saltaban de las órbitas.

Era un mensaje idéntico al recibido por Sylvia. Por supuesto, firmado con las mismas iniciales.

También el olor era el mismo… el hedor que había percibido en el baño, cuando Susan se convirtió en aquella horrible pasta de color gris verdoso, aunque en la carta era mucho más tenue, apenas perceptible.

Un indefinible sentimiento de asco invadió su ánimo. Sacó el encendedor, puso el papel en la chimenea próxima y lo hizo arder.

Al cabo de unos momentos, barrió las cenizas hacia adentro con la escobilla. Luego se sopló maquinalmente en la punta de los dedos

enguantados y se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, volvió la cabeza un instante.

—¿Adónde has ido, Susan? —murmuró.

Pero aquella pregunta no tenía respuesta.

CAPÍTULO IV

Droxton leyó con gran atención todas las informaciones relativas a los sucesos de la víspera. Había una breve nota en la que se mencionaban las ropas y efectos personales de un tal Ralph Weston, asesor legal de finanzas. Algunos testigos declaraban haberlo visto arrojarse por una alcantarilla abierta.

Unos empleados del servicio de limpieza y conservación de cloacas, aseguraban haber visto algo horrible. El periodista describía someramente las visiones de los poceros, aunque ponía la gota de humor de su parte, achacando aquellas visiones a cierta sobredosis de *whisky*, ingerido durante un descanso. Pero no había ya más detalles sobre el particular.

De Susan Stevens, lógicamente, no se decía nada.

Una voz distrajo súbitamente la atención del mayordomo:

—¿Hugo?

Droxton se volvió en el acto.

—Sí, señorita.

—Le agradeceré tenga el coche preparado para las diez. He de asistir a una entrevista con el director de mi editorial.

—Muy bien, señorita.

Droxton fue a su cuarto y se cambió de ropa, poniéndose el uniforme de chófer; gorra de visera charolada, chaqueta con botones dorados y guantes negros. A las diez en punto, abría la portezuela para que la dueña del coche se acomodase en el asiento posterior.

Una hora más tarde, un hombre pasó, por la acera y se fijó en el chófer uniformado que estaba en pie, apoyado en el coche y con los brazos cruzados sobre el pecho. El hombre se detuvo y parpadeó varias veces, como si no diera crédito a lo que veían sus ojos.

—Si no me equivoco, este chófer tan elegante es Hugo Droxton —dijo.

El joven se enderezó.

—Y si mi memoria no me falla, ese sujeto que tengo frente a mí, es Harrington Spencer Tweil, alias «Cebollino», aunque también solíamos llamarle Harry. Pero el tiempo transcurrido no ha conseguido que el traje de paisano pueda ocultar al policía que hay debajo.

Tweil se echó a reír, mientras su mano se unía fuertemente con la de su amigo.

—El uniforme que se lleva durante diez años condiciona bastante a las personas —dijo—. Pero ya hace dos que visto de paisano. Muchacho, estás ante el sargento Tweil, de Scotland Yard.

—Te felicito, Harry. Tú harás carrera, te Jo aseguro.

Tweil miró a su amigo y antiguo condiscípulo.

—A ti no te van bien las cosas —dijo—. O no habrías aceptado este empleo.

—Bueno, de algo tengo que vivir. El aire sólo permite respirar, pero no alimenta.

—Eso sí es cierto. Me enteré de lo que le sucedió a tu padre. Lo siento, Hugo.

—Aquello ya pasó, Harry. Es tiempo de olvidar —contestó Droxton.

—Celebro que te lo tomes así. Hubo un tiempo en que pensé que ibas a cometer una barbaridad. Particularmente, no te diré que Glenville no se lo mereciera, pero tú no podías estropearte el porvenir por un vividor como ese tipo. Y, siguiendo con mis apreciaciones particulares, yo no hubiera pagado un solo penique de las deudas de tú padre…

—Harry, si no lo hubiera hecho, mi madre se habría quedado sin su casita de Surrey, puesto que era embargable, no así su pensión. Tenía que pensar en ella, ¿comprendes?

—Pero tuviste que interrumpir tus estudios.

—Con un poco de suerte, el año próximo los terminaré. Quizá dentro de dos años, pero no soy tan viejo.

—Sí, es una ventaja —reconoció el policía—. ¿Para quién trabajas, Hugo?

—Pennicut, el autor de novelas policíacas.

Tweil alzó las cejas.

—No me digas…

—Como lo oyes —sonrió Droxton.

—Tiene bastante éxito. Algunos hablan de que supera a la Christie. Yo no opino así, aunque todo es cuestión de gustos. Personal y confidencialmente, me gustan más las novelas del Oeste.

Droxton se echó a reír.

—Resultan entretenidas —convino—. ¿Cómo va tu trabajo ahora, Harry?

—Nunca falta —suspiró el sargento—. Ahora ando liado con una extraña desaparición… no sé si habrás leído los periódicos de la mañana. Se trata de un tal Weston… Por cierto, era socio de Glenville.

Droxton se puso rígido.

—¿Has dicho Weston? —exclamó.

—Sí. ¿Qué te extraña? Hay un par de locos que dicen le vieron escurrirse por una alcantarilla, como si fuese el aceite de un bidón volcado… Lo único cierto es que se encontraron en la acera sus ropas y efectos personales, pero ni rastro del hombre. Para mí que se tiró de cabeza a la cloaca. En aquel lugar, hay un importante desagüe; parece un río subterráneo. Pero lo que no se comprende es que tuviera que desnudarse en plena vía pública para hacer un disparate semejante.

—Harry, ¿te importaría que te llamase dentro de un par de días? Me gustaría saber cómo va tu investigación. Si no hay inconvenientes oficiales, claro.

—Bueno, no creo que lo haya, pero ¿por qué te interesa tanto este caso?

Droxton no pudo contestar. Sylvia salía del edificio de la editorial en aquel momento y se apresuró a quitarse la gorra, a la vez que abría la portezuela.

Tweil se quedó mudo de asombro al ver a la hermosa joven que se dirigía hacia el automóvil.

—Hugo, tú me habías dicho…

Sylvia miró a los dos hombres. Droxton se apresuró a decir:

—Señorita, permítame que le presente a un buen amigo, el sargento Tweil, de Scotland Yard. Harry, ésta es *miss* Forrester.

—Encantado, señorita —dijo Tweil.

—Es un placer, sargento. Hugo, a casa, por favor.

—Bien, señorita. Te llamaré en cuanto pueda, Harry —se

despidió el joven.

—Sí, Hugo —dijo Tweil.

El coche arrancó. Sentada en el asiento posterior, Sylvia abrió el bolso y sacó la pitillera.

—No sabía que tuviera usted amigos en la policía, Hugo —comentó.

—Estudiamos juntos. Luego él ingresó en el Yard. Hacía algunos años que no nos veíamos. Es un chico que vale; ya ha llegado a sargento. Acabará en superintendente jefe, como los buenos.

—Usted lo aprecia mucho… Pero he oído decir que estudiaron juntos.

—Sí, hasta el final de la Secundaria. Luego yo… tuve que ponerme a trabajar. A él le gustaba ser policía y por eso progresará.

—No me cabe la menor duda. Hugo, ¿sabe que tengo buenas noticias?

—Lo celebro muchísimo, señorita.

—El editor me ha firmado un nuevo contrato. Tengo que buscarme una casa más retirada, donde pueda escribir con absoluta tranquilidad, ya le dije algo.

—Es lógico —convino Droxton—. ¿Tiene ya elegida su nueva residencia?

—Me han hablado de un lugar… Lo único que no parece bueno es la ciénaga próxima, pero hay kilómetro y medio y, además, tengo noticias de que la van a desecar. Aparte de eso, está en una comarca muy bonita y, con el tiempo, mejorará considerablemente. Dentro de un par de días iré con el agente a visitar la propiedad. Como me llevará en su coche, no le necesitaré a usted.

—La señorita sabe que me tiene siempre a su entera disposición. Por cierto, permítame que la felicite por su éxito…

Sylvia sonrió satisfecha.

—Yo también me siento muy contenta, gracias —manifestó—. Oiga, quizá un día invite a su amigo a tomar el té. El sargento podría relatarme alguno de los casos en que haya intervenido. Eso siempre podría resultarme útil para mis argumentos.

—Indudablemente, señorita, y no creo que Harry ponga inconvenientes. Cuando lo desee, hablaré con él por teléfono.

—De momento, esperaremos unos días. Antes, repito, debo examinar la propiedad que me han ofrecido. ¿Le ha dicho a su

amigo que soy H. K. Pennicut?

—Bien, lo que yo le he dicho es que soy el chófer del señor Pennicut, pero no he mencionado que se tratase de un seudónimo. Sin permiso de la señorita no lo diría a nadie.

Sylvia exhaló el humo del cigarrillo, a la vez que se reclinaba en el asiento del coche.

—El sargento Tweil será discreto —aseguró, satisfecha de la entrevista que acababa de sostener con el editor.

* * *

Sylvia había salido con el agente para ver la propiedad que deseaba comprar. La señora Sloan tenía su día libre, por lo que Droxton estaba solo en la casa.

Droxton decidió aprovechar la ocasión y llamó por teléfono a su amigo. Tweil contestó desde su despacho oficial.

—Me alegro de oírte, Hugo —dijo el sargento—. Pasan cosas muy raras ¿sabes? Estuve hablando con Glenville y me dio la sensación de ser un hombre muerto de miedo.

—¡Qué raro! Yo creí que no tenía conciencia. Y si no tiene conciencia, no puede sentir remordimientos —dijo Droxton sarcásticamente.

—No se trata de lo que hizo a tu padre —contestó el sargento—. Es algo… referente a Weston. No fue muy explícito, bueno, la verdad es que apenas si me dijo nada. Lo único que saqué en limpio es que formaba parte de una sociedad, cuyos fines no me quiso aclarar en absoluto. Claro que le interrogué de una forma extraoficial, por lo que no pude apretarle las clavijas. Pero cuando le mencioné el suicidio de Weston, creí que se desmayaba de miedo. ¿Curioso, no?

—Glenville no tuvo jamás miedo de nadie. Claro que tampoco se puede decir que fuese un gánster típico. Lo suyo era la estafa y el timo y lo hacía muy bien, porque arruinaba a sus víctimas con toda legalidad, si es que se puede hablar así. Harry, voy a pedirte un favor.

—Sí, Hugo.

—Vuelve a visitarle, Menciónale a Susan Stevens.

—¿Quién es esa chica, Hugo?

—Bueno, una antigua conocida… y ya tiene treinta y dos años, de modo que no se puede calificar de muchacha. Hablando con

franqueza, Harry, temo que a Susan le haya sucedido lo mismo que a Weston.

—¡Caramba, no irás a decirme que se ha tirado también por la boca del pozo de una alcantarilla! —Respingó Tweil.

Droxton pensó por un instante en aquella horrible pasta que se deslizaba a través del desagüe de la bañera. Pero ¿cómo decirlo, si incluso su amigo le tomaría por chiflado?

—Bueno, sospecho que pudo suicidarse. Haz lo que te pido, por favor.

—Muy bien, te llamaré en cuanto sepa algo.

—Ah, otra cosa. ¿Conoces a alguien en «Personas Desaparecidas»?

—Hugo, ¿qué jaleos te traes entre manos?

—Por favor, Harry, no pienses mal de mí. Se trata de Lita Curmond, la antigua inquilina de la casa donde estoy empleado. Se marchó y no ha dejado dirección.

—Bueno, hablaré con el inspector Clyde, Es muy amigo mío… ¿Puedes darme algunos datos de la señora Curmond?

—Espera diez minutos. Se me ha ocurrido de repente y… Bien, tengo que preguntarle al conserje, ya que él la conoció personalmente. Volveré a llamarte en seguida.

Un cuarto de hora más tarde, Droxton facilitaba a su amigo los informes solicitados. Tweil dijo que haría lo que pudiera. Droxton colgó el teléfono, satisfecho, pero también preocupado.

Tweil le llamó por la tarde.

—He hablado de nuevo con Glenville y me ha dicho que tiempo atrás formó una sociedad de inversiones, que debían financiar unos experimentos sobre cosmética, dirigidos por un tal Allan Raddison. La sociedad fracasó, dado que los resultados no correspondían a lo esperado. Pero me ha dado algunos nombres de los componentes de la sociedad: Weston, la señora Stevens, la señora Curmond…

—¡Curmond! —exclamó Droxton.

—Sí. Es más, incluso me ha facilitado su dirección. Pero, Hugo, a ese Glenville le pasa algo. Está aterrorizado, muerto de miedo… le he dicho que si deseaba protección policial, pero ha contestado que no la necesita, que todo será inútil… ¿Qué puedes decirme tú al respecto?

Droxton meditó unos instantes.

—Harry, ¿tienes el domicilio de Lita Curmond? —preguntó al cabo.

—Por supuesto. Palmton Road, noventa y seis.

—Muy bien. Voy a visitarla. Te llamaré después de la entrevista.

—Cuidado, Hugo, no te tomes atribuciones que no son de tu competencia —avisó el sargento.

—Lo hago precisamente para ayudarte, Harry. Descuida, no haré nada ilegal.

Al colgar el teléfono, Droxton consultó su reloj de pulsera.

Sylvia volvería tarde. En cuanto a la señora Sloan, había ido a visitar a una hermana que vivía en las inmediaciones de Londres y llegaría a la hora de la cena.

Tenía tiempo, decidió finalmente, mientras se ponía la chaqueta sin dejar de caminar hacia la puerta.

Esperaba que Sylvia no se enojase por que usara su coche para ir a Palmton Road.

CAPÍTULO V

Media hora más tarde, se detenía ante una puerta en la que había una tarjeta con el nombre de la ocupante del apartamento. Droxton acercó la mano al timbre, pero, en el mismo instante, oyó voces destempladas al otro lado de la puerta.

Entonces se dio cuenta de que la dueña del piso era muy descuidada. Ni siquiera había cerrado, limitándose, seguramente, a dar un empujón a la puerta con la mano al recibir a su visitante, pero sin comprobar si quedaba correctamente cerrada. Al oír las voces irritadas, comprendió que la sorpresa tenía buena parte en aquella acción.

—Te digo que es así, como ha sucedido, como está sucediendo…

—Tú estás loco, Rossiter —sonó, despreciativa, la voz de la mujer—. No puede pasarnos nada; Raddison murió. ¿O crees que viene desde el otro mundo para vengarse de nosotros?

Droxton empujó muy suavemente la puerta, para conseguir un buen campo de visión, pero sin que se notase su presencia en el corredor del piso. Así pudo ver a los dos interlocutores, él, hombre de unos treinta y cinco años, elegante y bien parecido, y ella, más o menos de la misma edad, ataviada con un espectacular salto de cama que parecía hecho de tela de araña teñida de color púrpura. Las dos prendas que había debajo, en cambio, eran de color negro y muy escasas de tejido.

Lita Curmond se puso un cigarrillo en los labios.

—Lo que te pasa es que estás muerto de miedo —dijo—. No sabes nada de Susan Stevens, pero tal vez es que está fuera de Londres. En cuanto a Weston, enloqueció y se tiró por la alcantarilla. Eso es todo, Ross.

—Tengo miedo, sí —admitió Glenville—. Pero es que Raddison era un demonio. Nunca debimos haber aceptado sus proposiciones…

Lita rió sarcásticamente.

—¿Ahora lo dices, tú, el experto en inversiones? ¿Después de que tus consejos me costaron casi quince mil libras? Siempre fuiste un timador, Ross, pero hubo alguien que te dio ciento y raya, aunque, por supuesto, no lo repetirá más. Sinceramente, no creo en tu historia.

—¿Ah, no? —Glenville metió la mano en su bolsillo y sacó un papel que entregó a su interlocutora—. Mira, lee. Tú también has tenido que recibir una carta semejante. He hablado con Alma Creach y ha dicho que ella recibió una carta con un texto absolutamente idéntico: Anda, lee, lee…

Con gesto despectivo, Lita tomó el papel, pasó la vista por los renglones y luego, con las dos manos, lo estrujó con fuerza, hasta reducirlo a una pequeña bola, que acabó en un rincón de la estancia.

—Esto es cosa de algún bromista —dijo—. Creí que serías más sensato. ¿Cómo diablos puedes creer en el mensaje de un hombre que murió hace casi tres meses?

—Está ahí, ¿no? Susan ha desaparecido, Weston se ha suicidado…

—Ross, será mejor que te vayas —cortó Lita fríamente—. Raddison está en la ciénaga para siempre. Ya no puede hacernos nada. Si se burló de nosotros, lo pagó bien caro, eso es todo.

—Nos reuniremos con él —gimió Glenville—. No sé cómo lo hará… Era un demonio, un ser capaz de volver del más allá…

Ella empujó a su visitante hacia la puerta. Droxton advirtió la maniobra y saltó a un lado, procurando pasar por un inquilino del edificio, que se dirigía a su departamento. Con el rabillo del ojo, vio que Glenville salía caminando de una forma vacilante e insegura.

Se oyó un portazo. Droxton procuró no ser visto por Glenville, ya que se conocían ambos. Tenía que verle, pero pensó que era preferible hablar con Lita, ya que estaba en su propia casa.

Glenville se dirigió hacia la escalera. Segundos después, Droxton tocaba el timbre.

La puerta se abrió casi en el acto.

—¡Ross, he dicho que no quiero verte…! —Lita se interrumpió en el acto—. Oh, perdón, creí que era un conocido…

—Hacia el cual no siente usted lo que se dice mucha simpatía —

sonrió el joven—. ¿Puedo pasar, señora Curmond?

Ella entornó los ojos, a la vez que contemplaba críticamente al hombre que tenía frente a sí.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Droxton, Hugo Droxton, mayordomo de la señorita Forrester.

—¿Mayordomo? —Respingó Lita.

—Sí, señora Curmond. La señorita Forrester vive ahora en el departamento que usted tenía cerca de Elmway Avenue.

—Es cierto, he vivido allí mucho tiempo, pero ya no me gustaba y cambié de residencia. Oiga, pero un mayordomo tan joven…

Droxton volvió a sonreír.

—Los mayordomos ancianos, con el pelo canoso, grandes patillas blancas y los hombros encorvados, fueron jóvenes algún día, señora —contestó.

Lita emitió una suave carcajada.

—Eso sí es cierto —convino—. Pase, por favor, señor…

—Llámeme Hugo, señora; es el tratamiento que me corresponde.

—Como quiera, Hugo. —Lita cerró la puerta y se dirigió hacia la consola donde tenía los cigarrillos—. Y, dígame, ¿en qué puedo servirle?

—Verá, se trata de… El dueño de la casa que ahora ocupa la señorita Forrester dice que le falta una figura de adorno, en la decoración de la sala, un elefantito muy pequeño, de marfil… La señorita Forrester ha sugerido que tal vez usted, sin darse cuenta, se lo trajo a su nueva residencia… —Era una mentira gigantesca, pero Droxton quería ganarse la confianza de aquella hermosa morena, de vestimenta tan sugestiva.

—¿Un elefante de marfil? —repitió ella—. No, no lo recuerdo. Estoy segura de que no pertenecía al equipo de la casa. He vivido allí casi cinco años y me la conocía al dedillo.

De pronto, Lita entornó los ojos.

—Me gustaría saber si, ciertamente, es usted el mayordomo de *miss* Forrester —añadió.

—Lo soy, señora. Puede llamar por teléfono, si gusta. —Droxton lo señaló con una mano—. Puesto que ha vivido allí cinco años, recordará el número sin dificultad.

Ella pareció convencerse de los argumentos que empleaba el visitante.

—Bueno, quizá el dueño de la casa esté equivocado. Es un hombre con muchas propiedades y ha podido confundirse. En aquel edificio posee una docena de apartamentos y quizá el elefante pertenecía a otro. Pero yo no lo tengo, seguro.

Droxton se inclinó.

—La señorita Forrester se sentirá muy satisfecha —dijo—. Y ahora, si me lo permite…

—Espere un momento, hombre —exclamó Lita súbitamente—. Su… bueno, esa señorita no tendrá tanta prisa en que regrese su mayordomo. Ha hecho un viaje bastante largo, ha tenido que atravesar medio Londres… —La mujer sonrió incitantemente—. Creo que una copa le sentaría bien, Hugo.

—No quisiera molestar a la señora…

—Por favor, Hugo, será un placer.

Lita dio media vuelta y se acercó a la consola con gran contoneo de caderas. En la calle estalló de repente un gran griterío, pero ella no pareció hacer demasiado caso del alboroto.

Instantes después, ella volvía con dos copas en la mano.

—Beba, Hugo —dijo, llena de insinuaciones.

—Mil gracias, señora…

Los gritos seguían sonando en la calle.

—Hugo, usted no es mi mayordomo —dijo ella—. Por tanto, le ordeno que me llame por mi nombre.

—Si no soy su mayordomo, no puedo acatar sus órdenes.

Se oyó una argentina carcajada. Lita se acercó más todavía al visitante.

—Se lo suplico, Hugo —dijo, con voz muy dulce.

—Eso ya es otra cosa, Lita. —Droxton consultó velozmente la esfera de su reloj. Tenía tiempo de sobra, calculó.

—¿Tienes prisa? —preguntó Lita.

Droxton dejó la copa a un lado. Necesitaba los dos brazos.

—Ninguna —contestó.

Mientras la estrechaba contra su cuerpo, pensó que le convenía ganarse su confianza. Quizá no en la primera entrevista, pero sí en la próxima…

Y antes de ver de nuevo a Lita, hablaría primero con Glenville.

Hora y media más tarde, se dispuso a abandonar la casa. Lita se atusaba el pelo frente al espejo del tocador.

—¿Cuándo volverás, Hugo? —pregunto.

—En mi próximo día libre. Soy un mayordomo, lo que significa que debo ganarme la vida —respondió él, mientras se ajustaba el nudo de la corbata.

Lita se volvió a medias en el taburete.

—Me están dando ganas de contratarte —exclamó.

—Tengo un compromiso…

—Hablaremos de eso en la próxima ocasión. Yo mejoraría mucho tus condiciones económicas, Hugo.

«Yo sé lo que tú quieres. Me tendrías una temporada y luego me darías la patada», pensó Droxton. Una aventura con Lita, que comprendiese varias entrevistas amorosas, podía resultar interesante. Un compromiso más largo y sostenido, a la larga acabaría catastróficamente.

—Ya hablaremos la próxima vez —dijo.

—Aguarda, te acompañaré hasta la puerta.

—Lita se puso en pie y se colgó del brazo del joven.

—Llámame en tu próximo día libre —pidió ardorosamente.

—Descuida.

De pronto, cuando cruzaban la sala, Droxton vio una bola de papel en el suelo. Aquel color resultaba inconfundible.

—Perdona, ese papel —dijo, a la vez que se separaba de la mujer.

—¡Déjalo ahí! —gritó Lita, con voz estridente.

Inclinado hacia adelante, con la mano derecha todavía extendida, Droxton volvió la cabeza hacia ella.

—Perdona, pero la profesión… No puedo ver un papel tirado en el suelo…

—Déjalo, no te preocupes —insistió ella, ahora con acento más suave.

Droxton se incorporó y sonrió.

—Como quieras —dijo.

Aquel papel era la carta que Glenville le había entregado y que Lita había estrujado con sus dos manos. La prohibición no le resultó onerosa, puesto que harto se imaginaba su contenido.

Lita le dio un beso explosivo como despedida. Droxton salió y se encaminó hacia el ascensor.

Eran ya las siete y media. Quizá Sylvia había regresado ya de su

excursión, pensó.

Cuando salió a la calle, vio algunos corrillos en las inmediaciones. Algún atropello, pensó.

Cerca de él, una mujer dijo:

—Yo lo vi y, créame, señora Glover, fue la cosa más horrible que se pueda imaginar. Parecía aceite de color verdoso, deslizándose hacía el imbornal de esa alcantarilla…

—Y un minuto antes, era un atildado caballero, que parecía sentirse muy enfermo…

—Mi madre, hace muchos años, hizo jalea de ciruelas y se le estropeó. Tuvimos que tirarla por el sumidero y hedía como no se pueden imaginar. Pues esa horrible pasta, parecía la jalea que se le estropeó a mi madre…

Droxton había oído el primer comentario y supo conservar la serenidad para seguir pareciendo el inofensivo inquilino de la casa, que acababa de salir a la calle, Sacó un cigarrillo y demoró unos instantes la operación de encenderlo, mientras escuchaba retazos de conversaciones de las vecinas que no dejaban de comentar el horrible suceso ocurrido hacía poco.

Entonces recordó los gritos que había oído desde la casa. Pero fue cuando se iniciaba la aventura amorosa con Lita. Entonces no le habían concedido la menor importancia. Ahora comprendía la realidad de lo sucedido.

Sintiendo escalofríos, caminó en busca del coche, estacionado a corta distancia. ¿Qué horrible enfermedad convertía a las personas en una pasta semilíquida que, inevitablemente, acababa buscando algún camino para huir a una alcantarilla?

* * *

Todavía muy afectado, llegó a casa. Apenas había abierto la puerta, sonó la voz de Sylvia:

—¿Es usted, Hugo?

Droxton procuró componer el gesto. Carraspeó levemente y avanzó unos pasos.

—A sus órdenes, señorita.

Sylvia apareció en la puerta de su gabinete.

—Creo que me quedaré con la propiedad, Hugo —dijo, sonriendo con expresión resplandeciente—. Me han dado seguridades de que antes de un par de años estará desecada la

ciénaga. El lugar cambiará enormemente, a pesar de que aun ahora resulta muy atractivo.

—La señorita habrá de permitirme que la felicite —dijo Droxton.

—Gracias, Hugo. Sí, Hendon Cottage me conviene extraordinariamente. De todos modos, demoraré el asunto un par de días. Tengo otro entre manos, cuya solución está muy próxima. Pero ya lo sabrá cuando llegue el momento.

—Como guste, señorita.

—Por cierto, ha salido usted…

—Ruego a la señorita se sirva dispensarme. Estaba solo en casa y el trabajo había quedado completamente despachado. Un viejo camarada de armas me llamó con el perdón de la señorita, nos tomamos juntos una pinta de cerveza, para rememorar tiempos pasados.

Sylvia sonrió.

—No se preocupe, no le haré ningún reproche, Hugo —dijo—. A propósito, ya he tomado un bocadillo, así que no se moleste en preparar la mesa. Ahora voy a arreglarme, porque estoy invitada a una fiesta en casa de mi editor. Si lo desea, puede salir de nuevo…

—Mil gracias, señorita; pero me quedaré en mi cuarto, repasando algunos apuntes.

—Usted estudia —murmuró ella.

—Sí, señorita.

Sylvia miró especulativamente a su apuesto interlocutor. «¡Qué raro, un mayordomo que estudia!», pensó. Pero no se atrevió a ser indiscreta haciéndole más preguntas sobre el particular. Era preciso respetar la vida privada de la servidumbre.

CAPÍTULO VI

Cuatro días más tarde, el conserje, muy temprano, subió los diarios y revistas a los que estaba suscrita Sylvia. Droxton se encargó de recoger la prensa y puso todo sobre la mesa en que ella, tomaría el desayuno antes de media hora y que ya estaba adecuadamente dispuesta.

La voz de la señora Sloan llegaba desde la cocina, tarareando una vieja balada escocesa. Droxton retocó algunos detalles de la mesa y, de repente, su vista recayó sobre la primera plana de uno de los diarios.

Parpadeó, asombrado. Aquella fotografía, no cabía la menor duda, era la de Sylvia.

Intrigado, desplegó el periódico. La noticia le dejó lleno de estupefacción.

El pleito por la propiedad del título de Harleigh-Praw ha sido resuelto por el tribunal en favor de *miss* Sylvia Forrester, quien, a partir de este momento, será condesa del nombre antes citado, dado que el difunto conde, *sir* Bruce Harleigh-Praw no dejó otro heredero más próximo, y aunque ha habido personas que intentaron reivindicar el aludido título, la decisión judicial ha recaído en favor de la que ya es *lady* Sylvia Harleigh-Praw…

—De modo que éste era el asunto que esperaba resolver para la compra de la nueva casa en el campo —murmuró.

De pronto, se abrió una puerta. Sylvia apareció ante sus ojos.

—Buenos días, Hugo —saludó, con la amabilidad de costumbre.

Droxton giró un poco y se inclinó ligeramente.

—Buenos días, *Milady* —contestó.

Ella arqueó las cejas.

—¿Cómo, Hugo?

—He dicho: «Buenos días, *Milady*». Felicidades por su victoria en el pleito, *Milady*.

Sylvia se echó a reír.

—Pero ¿cómo lo sabe usted, si yo no lo he mencionado todavía? —exclamó.

Droxton enseñó el periódico.

—*Milady* deberá dispensarme haberlo desplegado antes que nadie, pero al ver la fotografía de *Milady* en el diario, me sentí acometido por una irrefrenable curiosidad…

Sylvia se acercó a la mesa, tomó el periódico y lo leyó unos instantes.

—Ha costado un poco, es cierto —dijo al cabo—. Pero no se vaya a creer, Hugo; lo único que he ganado es el título y unas pocas libras. *Sir* Bruce, mi tío abuelo, estaba prácticamente arruinado y vivía de su pensión de coronel del Ejército. Lo que sucede es que hace mucho tiempo, otras personas que no es preciso mencionar, intentaron reclamar el título y lo demandaron judicialmente. Yo me enteré a tiempo e interpuse también una demanda. Ahora, el tribunal ha dictado su sentencia.

—Favorable a *Milady*, por supuesto.

—Ayer estuve casi todo el día fuera de casa —sonrió ella—. A mediodía conocía ya la noticia, pero recordará que volví muy tarde.

—Así es, *Milady*.

—Bien —suspiró ella—, lo he conseguido. La verdad es que no se trata más que de satisfacer un poco el orgullo personal. El título, Hugo, no me dará para comer, si no trabajo.

—Entonces, como *Milady* trabaja para comer, iré a buscar el desayuno, si *Milady* no ordena otra cosa.

—Sí, vaya, vaya —rió Sylvia—. Ah, y a propósito; esto me servirá para confirmar la operación de compra de Hendon Cottage. Pero antes de que nos mudemos allí, habrá de pasar algún tiempo; he de ordenar algunas modificaciones en la estructura interior y en la decoración y no quiero realizar ese traslado hasta que todo haya terminado.

—*Milady* obra con gran sensatez —murmuró Droxton, a la vez que se inclinaba respetuosamente.

Aquel mismo día, Droxton, aprovechando un momento que estaba solo en el gran salón, levantó el teléfono, marcó el número de Scotland Yard y pidió que le pusieran con el sargento Tweil.

—Hola, Harry —dijo instantes más tarde—. Soy Hugo. ¿Cómo va

la investigación?

—Hemos tenido otro caso —respondió el policía—. En realidad, sucedió hace unos cuantos días. El… digámosle muerto, se llamaba Rossiter Glenville. Creo que tu padre tuvo bastante que ver con él, ¿no es cierto?

—Sí, demasiado. Le ha pasado lo mismo que a Ralph Weston.

—En efecto, Hugo.

—Bien, ¿qué dicen los expertos del Yard?

—Están desconcertados. Evidentemente, esos sujetos se han disuelto, se han convertido en pasta orgánica y han acabado en la alcantarilla. Pero nadie sabe por qué, nadie es capaz de imaginarse las causas. Si los hubieran arrojado a una gran cubeta llena de ácido sulfúrico, con el tiempo, no mucho, por supuesto, el cuerpo se habría convertido en esa especie de pasta, pero no ha sido así, sino que ha ocurrido a la vista de la gente. Lo siento, no sé qué más decirte.

—Gracias, Harry. No te preocupes demasiado por este asunto. Era sólo mera curiosidad.

—Sí, me lo imagino. Por cierto, ¿encontraste a Lita Curmond?

—Desde luego.

—¿Tenías algún interés particular en ella? Según la describiste, es bastante guapa…

Droxton soltó una risita.

—Harry, soy un caballero —contestó.

El sargento Tweil se echó a reír también.

—Comprendo —dijo—. Eres un tipo afortunado, Hugo. Hasta la vista.

—Adiós, Harry.

En su gabinete de trabajo, Sylvia dejó el teléfono supletorio sobre la horquilla, mientras se mordía los labios pensativamente.

¡Caramba, con el discreto mayordomo!, se dijo. Parecía tan serio, tan atento y servicial… pero también sabía correrse sus juerguecitas. Sin saber por qué, se sintió un tanto molesta.

Pero la sensatez se impuso. Hugo era un hombre joven y muy apuesto. Ella lo miraba solamente bajo la apariencia de mayordomo. Pero la señora Curmond, y probablemente alguna más, lo miraban como lo que era: un hombre. Por tanto, no se le podía reprochar que tuviese alguna aventurilla galante. Resultaba

completamente lógico.

Procuró olvidar el incidente y se concentró en su labor.

* * *

Dos días más tarde, Sylvia examinó los diseños trazados por el decorador, que había venido a visitarla, después de una larga entrevista sostenida mucho antes. La joven aprobó alguno de los diseños y solicitó algunas rectificaciones. El decorador dijo que empezaría a trabajar en los sectores aprobados inmediatamente, mientras en su oficina hacían las correcciones precisas.

—Puedo asegurar a *Milady* que Hendon Cottage estará listo antes de dos meses —dijo, al despedirse.

—Muchas gracias —contestó la joven.

El decorador se marchó. Apenas un minuto más tarde, sonó el teléfono.

Droxton se hizo visible en el acto, Sylvia levantó una mano.

—No se moleste, Hugo —dijo—. Yo atenderé la llamada.

—Bien, *Milady*.

—Residencia de *lady* Harleigh-Praw —dijo la joven.

—¿Está el señor Droxton? —preguntó una mujer ansiosamente —. Deseo hablar con él… Es muy urgente… O quizá me he equivocado de teléfono…

—No se ha equivocado de teléfono, señora —contestó Sylvia con voz tirante—. El señor Droxton, mi mayordomo, la atenderá en seguida.

Sylvia dejó el teléfono sobre una mesita y se encaminó hacia la cocina. Droxton estaba limpiando unos cubiertos de plata.

—Hugo, le llaman al teléfono —anunció—. Es una mujer y dice ser muy urgente.

Droxton se puso en pie inmediatamente.

—Mil gracias, *Milady* —murmuró.

Al pasar por su lado, ella, sarcásticamente, dijo:

—No he hablado con Lita Curmond en los días de mi vida, pero apostaría algo bueno a que se trata de la señora Curmond.

Droxton no dijo nada. Llegó al teléfono y lo levantó.

—Soy Hugo —dijo.

—¡Hugo! Ven… pronto… Por el amor de Dios…

El joven se puso rígido.

—¿Señora Curmond? —dijo.

—Sí. Es muy urgente… Escucha, Hugo, me va a pasar lo mismo que a los demás… Él me llama, no puedo resistir la llamada… ¡Ayúdame, Hugo, ayúdame!

—Pero, Lita…

—Es… horrible… Me estoy convirtiendo en… He escrito parte de lo que sucedió… pero ya no puedo sujetar la pluma… Si te das prisa, podrás llegar a tiempo… ¡Hugo!

La voz de Lita se quebró súbitamente en un extraño gorgoteo. Luego, Droxton no percibió ya ningún otro sonido.

Inspirando con fuerza, se volvió hacia la dueña de la casa.

—Ruego a *Milady* me permita salir —dijo—. Una buena amiga mía necesita de mí con urgencia.

—¿Lita Curmond?

—Sí, *Milady*.

—Está bien, Hugo, no le puedo impedir que vaya a ayudarla. Use mi coche; así evitará tomar un taxi.

—Mil gracias, *Milady*.

Droxton dio un par de pasos. De repente, pareció recordar algo y giró en redondo.

—¿Qué es la que va a hacer, Hugo? —preguntó Sylvia vivamente.

—Debo llamar a Scotland Yard…

—Ande, vaya a ver a la señora Curmond; yo me encargaré de esa llamada. ¿He de avisar al sargento Tweil?

—Sí, *Milady*. Por favor, dígale que se reúna conmigo en el domicilio de la señora Curmond.

Droxton corrió a su cuarto y se puso la chaqueta, sin molestarse siquiera en quitarse el chaleco rayado. Un minuto más tarde, el coche de Sylvia salía como un rayo del aparcamiento subterráneo.

A los mil metros, un coche policial alcanzó al del joven y le hizo arrimarse a la acera. Droxton asomó por la ventanilla:

—Voy a Palmton Road, noventa y seis. Una persona amiga está a punto de morir o está muerta. Si no me creen, llamen por radio al sargento Tweil, de Homicidios.

Los agentes de patrulla se consultaron con la mirada. Al fin, el jefe hizo una seña con la mano.

—Nosotros le abriremos paso, señor —dijo—. Ray, date prisa. Yo llamaré mientras al Yard.

El conductor del auto policial arrancó inmediatamente, haciendo sonar la sirena. Droxton encendió los faros, para indicar a otros agentes de policía que iba en pos del coche de patrulla. La intervención de los agentes le permitió ganar unos minutos que, sin embargo, resultaron insuficientes.

* * *

Reinaba un silencio absoluto en el departamento. Lo primero que percibieron Droxton y los dos policías fue un horrible hedor, que daba náuseas.

Uno de los agentes sugirió abrir un par de ventanas para que se disipase aquel espantoso olor a ciénaga. Con ojos desorbitados, Droxton contemplaba el montón de prendas femeninas que había amontonadas en el suelo, al pie de una silla situada junto a la mesita del teléfono.

En el suelo se veía una especie de baba brillante, ya seca, como la que dejan los caracoles al arrastrarse por una superficie líquida. Uno de los agentes se arrodilló y alargó el dedo índice.

—¡Quieto! —dijo Droxton imperativamente—. No toque eso; puede resultar peligroso.

El policía se incorporó de un salto, con el temor retratado en sus facciones.

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí, señor? Si se trata de una broma, puede costarle caro…

—Ojalá se tratase de una broma —rezongó Droxton, mientras caminaba en pos de aquel rastro, que tenía una anchura de un par de palmos.

Los dos policías le siguieron. Dado el servicio que prestaban, llevaban pistolas, que empuñaban un tanto nerviosamente.

Droxton se detuvo de repente a la entrada del cuarto de baño. El rastro brillante terminaba en el sumidero.

Un escalofrío de horror recorrió su cuerpo.

—Ella ha escapado por ahí —musitó.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó un policía.

Droxton se pasó una mano por la frente. ¿Por qué había tenido que sufrir Lita Curmond aquel horrible destino?

¿Dónde estaba ahora?

Regresó con paso vacilante a la sala. El teléfono colgaba del hilo.

Era evidente que Lita no había tenido tiempo de volverlo a la

horquilla. La mutación se había consumado antes de terminar de hablar con él.

De pronto, reparó en una cuartilla de papel que había junto al teléfono. Apoderándose de ella, leyó:

«Él me llama… No puedo resistirlo… Creí que sería una broma, todos creímos en una burda baladronada, en el momento de ejecutar la sentencia de muerte… Allan Raddison nos estafó a todos; a mí quince mil libras, y decidimos ejecutarlo… Éramos ocho y cada uno disparó su revólver… Así, todos seríamos culpables si se descubría el crimen… Lo hicimos Ralph Weston, Susan Stevens, David Logan, Alma Creach, Rossiter Glenville, Faith Deedin, Gerald McCain y yo… Todos habíamos creído en las promesas de la crema rejuvenecedora de Raddison… pero hacía ya cinco años que trabajaba en ello y aún… no habíamos obtenido ningún resultado positivo…

»Celebramos una reunión y se acordó su muerte. Entonces él, cuando oyó la sentencia, dijo que creíamos que moriría, pero que era inmortal y que iríamos a reunimos con él… ¿Cómo podíamos pensar entonces que decía la verdad?

»Me llama, me llama… No puedo resistir su llamada… Mi mano izquierda empieza ya a perder la forma… Aunque no quiera, tengo que reunirme con él en…».

El escrito terminaba bruscamente, Droxton comprendió que Lita había sido sorprendida por aquella horripilante mutación antes de poder concluir su testimonio.

Tweil entró en aquel momento, seguido por un par de policías de paisano.

—¡Hugo! —exclamó.

Los agentes de la patrulla saludaron. Droxton tendió a su amigo el papel que acaba de leer.

—Hemos llegado tarde —dijo.

Tweil le miro inquisitivamente.

—También ella…

—Sí —confirmó Droxton con sombrío acento—. Ha recibido una misteriosa llamada y ha marchado a reunirse con el hombre a quien mató hace algunos meses.

CAPÍTULO VII

Sonó el timbre de la puerta. Sylvia, sentada en un diván, leía una revista. Droxton cruzó la sala, llegó al pequeño vestíbulo y abrió la puerta.

Al reconocer al visitante, arqueó las cejas.

—Harry —dijo.

—Hola, Hugo. ¿Puedo pasar? —solicitó el sargento Tweil.

Droxton vaciló. Sylvia vio a los dos hombres desde su sitio y se puso en pie.

—Entre, sargento; no se reprima porque yo esté aquí —dijo—. Les dejaré solos y así podrán hablar con más comodidad.

—Mil gracias, señorita, pero no es necesario que se marche —respondió Tweil—. Creo que a usted le conviene escuchar también lo que tengo que decirle. Según tengo entendido, Hugo ya le puso en antecedentes de lo que había sucedido.

—Así es, sargento. Hugo, por favor, ¿quiere servir jerez?

—Sí, *Milady*.

Tweil contempló absorto a su amigo, impecable en el papel de mayordomo. Droxton llenó dos copas, las puso en una bandeja y se acercó a la pareja.

—Usted también, Hugo —dijo Sylvia.

—*Milady* me permitirá que no cometa la inconveniencia de beber delante de un visitante —dijo Droxton muy serio—. Gracias, de todos modos.

—Como guste, Hugo. Bien, sargento…

—Se trata del asunto que ya se imaginan. Bien, aunque ha costado, hemos investigado las vidas de todas las personas relacionadas en la confesión de la señora Curmond —declaró Tweil—. Todas ellas, de un modo u otro, estaban reunidas en una especie de sociedad de inversiones, no registrada oficialmente, con la que financiaban las investigaciones del profesor Allan Raddison.

»Hemos sabido también que Raddison fue un reputado biólogo, que formuló avanzadas teorías sobre la prolongación de la vida celular en los organismos animales, sobre todo, en las especies superiores. Ahora bien, hará unos seis años, la Universidad en la que estaba contratado, rechazó un presupuesto suyo para una ampliación de tales investigaciones. Raddison, ofendido, dejó el cargo sin despedirse siquiera ni indicar tampoco su nueva dirección. Hasta tal punto logró ocultar este dato, que aún es la hora en que se sepa dónde fue a parar, después de su marcha de la Universidad.

»Lo único cierto es que se llevó consigo a su ayudante, un auxiliar de química, llamado Kyphor, nombre más bien raro, que correspondía a una persona de origen jamaicano, según el pasaporte. Pero tampoco se sabe mucho de Kyphor. Aunque hemos estado en la pensión en donde se hospedaba, sólo hemos podido averiguar ese nombre, sin más datos, excepto que parecía vivir enteramente para su trabajo. Es decir, su vida era ir al laboratorio de Raddison y de éste a la pensión. No hizo amistades con otros huéspedes, ni con vecinos de la localidad… y cuando Raddison desapareció, Kyphor desapareció también.

Tweil hizo una pausa para tomar un sorbo de jerez.

—Realmente, es un enigma digno de una novela de misterio —añadió—. H. K. Pennicut disfrutaría extraordinariamente, sí tomase este argumento como base para una de sus obras.

Sylvia y Droxton cambiaron una mirada. Ella sonrió levemente, pero ninguno de los dos dijo una sola palabra acerca de la otra personalidad de la joven.

—Bien, Harry, ¿qué hay de los ocho asesinos de Raddison? ¿Es eso cierto?

—Pudiera ser —contestó el policía—. Conocemos los nombres de tres personas que se convirtieron en… pasta orgánica. De los cinco restantes, no queda absolutamente el menor rastro físico. Pero todas sus ropas, todos sus objetos personales, absolutamente todo cuanto poseían, incluso el más barato de los relojes, ha aparecido en los respectivos domicilios. En cambio, de ellos no se sabe nada.

—¡Han ido a reunirse con Raddison! —exclamó Sylvia dramáticamente.

Droxton no quiso decir que él había visto desaparecer a Susan Stevens. Era preferible callar por el momento. ¿Quién le creería, a

pesar de lo que ya había sido presenciado por otras personas?

Tweil meneó la cabeza.

—A decir verdad, sospechamos de una venganza del ayudante —manifestó—. Parece ser que Kyphor era ferozmente leal a Raddison. Si a éste lo mataron, Kyphor se vengó de sus asesinos.

—¿Qué hay del cuerpo de Raddison, Harry? —preguntó Droxton.

—No hemos encontrado tampoco ningún rastro. Indudablemente, tuvieron que planear el crimen con absoluta escrupulosidad, de modo que ya habían decidido dónde arrojar el cadáver. Pero el plan adoleció de un fallo: no contaron con el ayudante.

—Yo escuché a Lita Curmond mencionar una ciénaga —dijo Droxton pensativamente.

Tweil sonrió con expresión melancólica.

—A pesar de lo que pueda parecer, hay demasiadas ciénagas en nuestro país tan limpio, tan verde y tan bonito —dijo.

—Tenemos el problema de las cartas. Fueron, por lo menos, recibidas después de tres meses de la muerte de Raddison. ¿Las escribió antes, sabiendo que iba a morir asesinado? —preguntó Droxton.

—No podemos olvidar a Kyphor. Con toda seguridad, lo hizo el ayudante.

—Pero no ha solicitado dinero. Si, como parece, conocía a los asesinos de Raddison, ¿no hubiera sido lógico hacerles chantaje?

Tweil se encogió de hombros.

—Pudo hacerlo simplemente por lealtad. Es difícil saber los motivos de una persona, cuando no se la ha visto jamás ni se la conoce personalmente —respondió—. Bien, eso es lo que hay por el momento. Ocho personas han muerto de una forma misteriosa…

—Y se han ido a reunir con el hombre a quien asesinaron.

—En el Más Allá —agregó Sylvia dramáticamente.

—De eso, no cabe la menor duda —sonrió el policía—. ¿Cuándo se traslada a su nueva residencia, señorita Forrester?

—Muy pronto ya, sargento. Hugo le comunicará el cambio. Por cierto, hay una ciénaga a kilómetro y medio de Hendon Cottage, aunque me han dado garantías de que la van a desecar antes de dos años.

Tweil sonrió.

—Aunque Raddison hubiera sido arrojado a esa ciénaga, no encontraríamos jamás su cuerpo, a menos de conocer el punto exacto —dijo—. Incluso con este dato, sería muy difícil, por no decir imposible. Hace un par de años, tuvimos que resolver un caso similar, pero no pudimos encontrar el cuerpo. Las ciénagas, a veces, son más profundas de lo que parece. Aunque desequen la que se halla en las inmediaciones de su residencia, el cadáver no sube nunca a la superficie, como podría ocurrir en un río o en un lago; el fango lo atrapa… y cuando se deseque esa ciénaga, ese barro semilíquido se irá haciendo sólido gradualmente, de modo que el cadáver de Raddison puede encontrarse un día bajo seis u ocho metros de tierra muy dura. Pero no es seguro que lo arrojasen a la ciénaga de Hendon Cottage, ¿verdad?

—No puedo afirmar nada, Harry —contestó Droxton—. La señora Curmond mencionó simplemente una ciénaga, pero no escuché la menor indicación del lugar donde pueda hallarse.

Tweil hizo un gesto con la cabeza.

—Creo que eso es todo —dijo—. Señorita Forrester, muchas gracias. Hugo, hasta la vista.

El policía se marchó. Sylvia y Droxton quedaron a solas unos momentos.

—Resultaría curioso que el crimen se hubiese cometido en Hendon Cottage, ¿no le parece, Hugo? —dijo la joven.

—Para H. K. Pennicut podría resultar muy excitante —sonrió él.

—Sí, pero no demasiado agradable. —Sylvia se estremeció ligeramente—. Una cosa es describir la casa de un crimen en una obra de ficción… y otra conocerla realmente y habitarla.

De pronto, se dio cuenta de que su mayordomo la miraba fijamente y se sonrojó.

—Hugo, no vaya a creer que soy supersticiosa —añadió rápidamente—. Era sólo un comentario, como puede figurarse.

Droxton se inclinó un poco.

—*Milady* tiene un espíritu fuerte e independiente —contestó—. Jamás se me ocurriría hacerle la ofensa de creerla supersticiosa.

—Gracias, Hugo. —Sylvia sonrió—. Voy a mi cuarto, así que, como va a quedarse solo, le doy permiso para que se tome una copa de jerez… como hacen todos los mayordomos cuando están solos.

Efectivamente, Droxton llenó una copa y saboreó el vino a pequeños sorbos, mientras meditaba en todo lo ocurrido y se preguntaba qué era lo que había provocado la horrible mutación en ocho personas.

Acaso no habían muerto del todo, pensó de repente. Quizá la palabra reunión, en este caso, tenía un significado muy real. No era una frase hecha, sino la expresión de algo que había sucedido auténticamente.

* * *

Dos semanas más tarde, se realizó el traslado a Hendon Cottage.

La posesión gustó a Droxton. Realmente, era una casa muy bonita, de planta, piso y ático bajo el tejado a dos aguas, de vertientes muy pronunciadas, con una torrecita en el ángulo Norte. El jardín estaba bastante descuidado, lo que evidenciaba la falta de un jardinero.

—Tendré que comprarme un libro que trate del arte de la jardinería —dijo Droxton, al contemplarlo.

—No se preocupe, Hugo —contestó Sylvia—. El jardinero está ya contratado y vendrá dentro de un par de días. También he contratado una mujer para las faenas más duras de la casa. Brooksie debe cuidarse exclusivamente de su tarea de ama de llaves y de cocinera.

«Hay que ver, lo que da de sí la literatura policíaca», pensó Droxton, admirado.

El jardinero y la doncella llegaron al día siguiente. Él era un hombre grueso, rubicundo, con nariz que parecía un pimiento morrón y ojillos maliciosos. Vivían en el pueblo cercano, a cuatro kilómetros y eran esposos. Chills era el apellido. Él se llamaba Bart y ella Minnie y tenía un aspecto muy similar al de su marido.

Los dos nuevos empleados trabajarían en la residencia durante el día; por la noche volverían a su casa en el pueblo. La señora Sloan había aconsejado hospedar a un mínimo de gente en el Cottage. Era una recomendación muy sensata, admitió Sylvia.

Los cambios realizados en la decoración habían conferido un aspecto muy agradable a la casa. Droxton pensó que era el lugar ideal para terminar allí sus trabajos.

Los primeros días fueron de cierta actividad, hasta que hubieron acomodado todos los objetos personales de cada uno. El jardín,

poco a poco, empezó a dejar de parecer una selva virgen.

Droxton y Sylvia, cada uno por su parte, empezaron a olvidar los horribles sucesos acaecidos en Londres. Sylvia se aplicó con ahínco a la tarea de escribir su próxima obra, mientras que Droxton, una vez que terminaba su tarea, subía a su habitación, situada en el ático, y ponía los codos sobre la mesa para estudiar.

Chills, el jardinero, sugirió la conveniencia de comprar un perro para proteger la propiedad. Sylvia se negó, alegando que todos los perros ladran, aunque no haya nadie en las inmediaciones.

—Cada vez que ladre, pensaré que viene un asaltante —dijo—. Entonces, perderé el sueño… No, gracias, Bart; aunque me gustan mucho, por ahora no quiero perros en el Cottage.

—Como guste, señorita —dijo el jardinero.

—El tratamiento es *Milady* —corrigió Droxton, que asistía involuntariamente a la conversación.

Sylvia alzó una mano.

—No se preocupe, Bart, hable como sea su costumbre —sonrió.

—Sí, señorita *Milady*…

Ella ocultó una sonrisa. Luego, cuando estuvo a solas con Droxton, le hizo un reproche:

—Es un campesino. No tiene costumbre de tratar con ciertas personas, Hugo; usted debiera haberse dado cuenta de ello. Y no es que quiera hacerme superior, sino expresar simplemente la realidad de las cosas.

—Ruego a *Milady* me perdone. Llevado de mi celo…

—Está bien, Hugo; no hablemos más del asunto.

Una semana más tarde, Droxton, aprovechando que era su día libre, decidió dar un paseo, después de haber pasado varias horas seguidas con los codos clavados en la mesa. El tiempo era excelente y, después de tomar un par de bocadillos en la cocina, salió con ánimo de estirar las piernas.

Una hora más tarde, se encontró con un pescador, sentado melancólicamente a la orilla de un remanso. El lugar era muy agradable y Droxton decidió tomarse un pequeño descanso.

CAPÍTULO VIII

—No le importará que me siente aquí, amigo —dijo, a la vez que sacaba su pitillera.

—Oh, en absoluto —contestó el hombre—. Suele decirse que cuando se pesca en sitios como éste, es preciso guardar silencio, pero ahora no pican ya los peces como antes. Lo mismo da estar callado que tener detrás a la banda de los granaderos de la Reina. Si he venido aquí, ha sido sólo por la costumbre y ver si había suerte, pero todavía estoy sin estrenarme.

—No hay que perder la esperanza, amigo —dijo Droxton—. ¿Un cigarrillo?

El pescador clavó su caña en el suelo húmedo y herboso.

—Me llamo Gordon, Richard Gordon, aunque puede llamarme Dick —se presentó.

—Hugo Droxton —dijo el joven—. Llámeme Hugo, se lo ruego, Dick.

Los dos hombres inhalaron una bocanada de humo. Al cabo de unos momentos, Droxton reanudó la conversación.

—Cuando llegue el buen tiempo, vendré aquí para bañarme. Es un lugar maravilloso —comentó.

—No se lo aconsejo, Hugo. Podría morir —dijo Gordon sorprendentemente.

—¡Caramba! —Se asombró el joven—. ¿Acaso hay peces carniceros?

Gordon hizo un gesto pesimista con la cabeza.

—Claro que no —respondió—. Había unas truchas exquisitas… pero ahora, no sé qué diablos pasa. Desde hace algunos meses, no consigo pescar nada. La verdad es que vengo aquí más por la costumbre y por pasar un poco el rato que por la esperanza de conseguir un par de piezas para la sartén.

—¿Hay algún centro industrial en las inmediaciones? ¿Quizá la

contaminación…?

—Tampoco. Para mí que es la ciénaga.

Droxton arqueó las cejas.

—Ha dicho la ciénaga —exclamó.

—Sí. Algunos dicen que vive allí una especie de monstruo… Leyendas, claro; yo no lo he visto, pero algo pasa en ese lugar. Y eso que aquí estamos aguas arriba, a más de un kilómetro de distancia… Hyle Roberts perdió dos ovejas el otro día. No es época de lobos y tampoco se encontraron rastros de sangre. Los animales desaparecieron como si jamás hubieran existido…

—Ladrones, sin duda —sonrió el joven.

—No. A Hyle han intentado robarle en un par de ocasiones, pero siempre lo impidió el mastín que cuida el rebaño. Ahora, sin embargo, el can permaneció completamente callado. Hyle dice que a la mañana siguiente el pobre animal parecía aterrorizado. El caso es que esas dos ovejas desaparecieron como si de repente les hubieran salido alas.

—De modo que un monstruo en la ciénaga.

—Algo hay. Yo no creo que sea una fiera de una especie desconocida… pero algo pasa, sobre todo, después de lo que sucedió hará medio año.

—¿Qué pasó, Dick?

—Bueno, en realidad, no pasó aquí, ni en la ciénaga, sino en el Cottage. Allí vivía un tipo chiflado, que hacía Dios sabe qué clase de experimentos, junto con su ayudante. Un día, desaparecieron los dos y no han vuelto a ser vistos.

Droxton se puso rígido.

—Un científico —dijo.

—Sí, algo por el estilo. Tenía un laboratorio.

—Dick, ¿conocía usted su nombre?

—Pues… Red… Sí, eso es, Raddison. Lo vi un par de veces. Era un sujeto muy alto, de ojos de fuego y barba roja… Algunos decían que era el diablo en persona. La verdad, yo no llegué a semejantes extremos… aunque no sentía mucha simpatía hacia él. Pero, por otra parte, tampoco tenía necesidad de entablar relaciones con Raddison…

—Y dice que un buen día desapareció.

—Sí, y su ayudante también. Los dos se marcharon y ya no han

vuelto a ser vistos. Claro que también llegaron poco menos que caídos del cielo. En todo caso, la única persona que lo lamentó fue la señora Mulligan, la dueña de la tienda que les servía comestibles. Le hacían mucho gasto, ¿sabe?

Droxton decidió aprovecharse de la locuacidad de su nuevo amigo.

—¿Conoció usted al ayudante, Dick? —preguntó.

—A ése le vi más veces, por supuesto. Pero es lo mismo; parecía mudo. Ni siquiera contestaba cuando se le daban los buenos días. Era un tipo de mediana estatura, delgado, muy moreno… un extranjero, vaya.

«El jamaicano», pensó Droxton.

—Entonces, nadie les vio marchar —dijo.

Gordon hizo un gesto negativo.

—Lo único que sé es que cierta noche pasaron por el pueblo tres o cuatro automóviles. Uno que los vio más adelante, dijo que se dirigían al Cottage. Luego regresaron a Londres, pero era ya pasada la medianoche. Desde entonces, nadie ha vuelto a ver a Raddison ni a su ayudante.

—Dick, ¿no se les ocurrió denunciar el hecho a la policía?

—¿Para qué? ¿Lo denunciamos acaso cuando llegaron? Vinieron aquí un buen día y se marcharon, eso es todo —contestó Gordon.

Una respuesta completamente lógica, se dijo Droxton. Pero el hecho de enterarse repentinamente que vivía en el lugar del crimen no le hizo sentirse optimista.

—Dick, ¿es fácil llegar a la ciénaga? —consultó.

Gordon tendió el brazo izquierdo.

—Siga por la orilla cosa de mil metros —indicó—. Pero no pase del roble muerto. Es bien visible, de modo que no puede equivocarse. Pasar más lejos puede resultar mortal, así que cuando llegue al roble muerto, si no vuelve sobre sus pasos, gire en ángulo recto hacia el sur; de este modo, evitará caer en alguna charca sin fondo.

—Gracias, Dick, volveremos a vemos, espero.

—Cuando guste, Hugo. Pero, dígame, ¿por qué me ha hecho tantas preguntas sobre el Cottage? ¿Acaso es policía?

Droxton sonrió.

—Oh, no, en absoluto. Soy el mayordomo de *lady* Sylvia, la

dueña actual de Hendon Cottage. Hasta la vista, Dick.

* * *

Droxton entró en el Cottage, atravesó el vestíbulo y se detuvo en el arranque de la escalera de tres peldaños que era preciso utilizar para llegar al gran salón principal.

Detrás de él había una cortina medio corrida, que ocultaba normalmente la vista del vestíbulo a los ocupantes del salón. En uno de los ángulos había una mesa de forma ovalada, con varias sillas alrededor. La pieza, dada su magnitud, podía servir de lugar de descanso y comedor al mismo tiempo.

Pero los ojos de Droxton estaban fijos en la mesa. No era costumbre en ciertas mansiones tener el comedor en el mismo lugar donde la gente se dedicaba a reposar o, simplemente, a estar; pero en Hendon Cottage sí sucedía de este modo.

La serie de divanes y butacas que componían el *living*, en parte rodeando la gran chimenea, estaba separada del comedor propiamente dicho. Había diez sillas en torno a la mesa oval. ¿Diez y no doce?

De pronto, Droxton oyó una voz a sus espaldas:

—¿Encuentra algo poco agradable, Hugo?

El joven se volvió respetuosamente.

—Todo tiene una apariencia perfecta, *Milady* —contestó—. Pero yo me fijaba más bien en la mesa del comedor. Nunca había visto una mesa semejante.

—Es la misma que había ya antes —dijo Sylvia—. Lo único que sucede es que, como me gustó mucho, la hice restaurar, lo mismo que las sillas. Aunque no es redonda, la forma oval permite que todos los comensales se vean sin necesidad de volverse o de adelantar el busto sobre la mesa.

—Muy convergente, en efecto. Muy conveniente, tal vez, para la ejecución de una sentencia de muerte.

Sylvia respingó.

—¡Hugo! ¿Qué es lo que está diciendo? —exclamó.

—Ocho personas asesinaron a Raddison, Todas dispararon sus revólveres. La ejecución debía hacerse de tal modo, que todos fueran culpables y ninguno inocente. Un pelotón de fusilamiento… tal vez sentados sus miembros en torno a la mesa, con el condenado frente a ellos, en el centro de un semicírculo mortal.

Droxton se volvió hacia la joven y sonrió.

—Acaso esté fantaseando —agregó—. Tal vez no ocurrió como he dicho, aunque sí es rigurosamente cierto que Raddison y su ayudante habitaron el Cottage. El cuerpo de Raddison fue arrojado después a una ciénaga… y tenemos una ciénaga a kilómetro y medio hacia el norte.

Sylvia palideció,

—Dios mío —murmuró—. Entonces, ocurrió aquí…

Droxton asintió.

—Siento tener que decirlo, pero creí mi deber tener informada a *Milady* —manifestó—. Con permiso, creo que *Milady* necesita una copa.

El joven descendió hasta el salón y se acercó a la mesa donde se hallaba el servicio de licores. Eligió el *brandy* y entregó la copa a Sylvia. Ella sentía que las piernas le flaqueaban, por lo que hubo de sentarse en un butacón, mientras Droxton quedaba respetuosamente en pie, a un par de pasos de distancia.

Sylvia tomó un par de sorbos y los colores volvieron lentamente a sus mejillas.

—Hugo, usted ha averiguado muchas cosas —dijo—. Cuénteme, por favor.

La noche caía con rapidez. Droxton habló durante unos minutos. Al terminar, Sylvia sintió que su asombro subía de punto enormemente.

—Me parece increíble… Pero si Raddison estuvo aquí, debía de tener un laboratorio.

—Es cierto —convino él—. De todos modos, yo no he conocido el Cottage sino hasta que llegué el día en que *Milady* vino a instalarse aquí.

—Yo tampoco vi el menor rastro de un laboratorio. Pero creo que telefonearé al agente que me vendió la propiedad. Es posible que él sepa algo sobre el particular.

—Será una buena idea. Con permiso, *Milady*.

El fuego de la chimenea, que era preciso utilizar, ya que el tiempo resultaba fresco durante la noche, estaba un tanto mortecino. Droxton lo reavivó con el atizador y luego añadió un par de troncos.

—*Milady* hablará con el agente de fincas —dijo poco después—.

Yo, con su permiso, hablaré con el sargento Tweil. Debe saber que Raddison murió en esta casa.

—Pero el cuerpo fue arrojado a la ciénaga…

—Indudablemente, va que así lo dijo Lita Curmond en su mensaje, cuando se dio cuenta de la horrible mutación que sufría. Ahora bien, y permitiéndome corregir a *Milady*, notable autora de novelas policíacas…

—¡Por Dios, Hugo! Usted no es torpe —exclamó Sylvia—. Supongo que también es capaz de formular una hipótesis.

—Gracias, *Milady*. Bien, en tal caso, diré que, si yo fuese el asesino y tuviese la intención de arrojar el cadáver a la ciénaga, lo haría en el punto más cercano a esta casa.

—¿Cómo?

—Generalmente, el asesino siempre tiene algo de prisa, mucha, en ocasiones. Y no debemos olvidar que la línea recta es el camino más corto entre dos puntos.

—Lo cual significa que desde aquí fueron directamente a la ciénaga —dijo Sylvia.

—Parece lo más lógico, *Milady*.

—Si Raddison murió aquí, deberían haberse encontrado rastros de sangre, aunque es de suponer que la lavasen.

—Tengo entendido que el pavimento del salón fue renovado por completo —dijo él.

—Sí. Cuando yo visité la casa, encontré que la madera del parqué estaba ya vieja y carcomida en algunos puntos. Era una tontería cambiar sólo unas pocas tablas, porque las restantes deberían de estar infestadas ya.

—Eso significa que la madera vieja fue quemada en alguna parte. Sí, la sangre fue lavada; es lo más sensato después de un asesinato, pero, aun así, un detenido análisis puede encontrar todavía rastros de sangre en alguna de las tablas, Ahora bien, si el parqué fue renovado por completo, es ya una pista perdida.

—Suponiendo que Raddison muriese aquí, Hugo.

—Pienso que el asesinato tuvo lugar en el salón. Es la pieza más amplia de la casa. En cualquier dormitorio, los ejecutores se habrían apelotonado, con el riesgo de alguna herida. Antes mencioné la mesa y ellos rodeando a la víctima, pero no es más que una suposición. Pudo ocurrir perfectamente en cualquier punto del

salón.

—Y no hay rastros de impactos…

—Las paredes fueron empapeladas de nuevo y repasadas las faltas que pudiera haber. Podría interrogarse a los decoradores y pintores, pero eso es cosa que debe hacer el sargento Tweil.

—Sí —convino la joven—, aunque he de pedirle un favor, Hugo. Dígale a su amigo que sea discreto, por favor. Usted puede imaginarse fácilmente qué poco me convendría la publicidad del hecho.

—*Milady* puede estar tranquila al respecto…

Un agudo chillido interrumpió súbitamente al joven. Procedía de la cocina y se repitió, con una intensidad tal que parecía ir a quebrar los vidrios de la casa.

Droxton echó a correr en el acto. Al asomarse a la puerta de la cocina, vio a la señora Sloan señalando hacia una de las ventanas.

—¡Allí… allí…! Una cara horrible… negra como el tizón… Parecía tener fuego en los ojos… Dios mío, que visión tan espantosa…

Droxton frunció el ceño primero. Luego, provisto de una linterna, salió fuera de la casa y recorrió la parte posterior, sin encontrar el menor rastro.

Al regresar, vio a Sylvia, confortando al ama de llaves. Brooksie estaba sentada en una silla, jadeante, casi ahogándose, presa de un ataque de nervios. Sylvia intentaba hacerle tomar un poco de licor.

—*Milady* haría mejor en darle un sedante —aconsejó el joven—. Lo que más le conviene ahora a la señora Sloan es dormir.

—Te… tengo que acabar de hacer… la cena —tartamudeó el ama de llaves.

—Olvídese de eso, Brooksie. Vamos, yo la acompañaré a su cuarto. Hugo, en el botiquín del baño hay sedantes.

—Bien, *Milady*.

Sylvia y el joven se reunieron media hora más tarde en la cocina. Ella se sentó ante la mesa.

—Cenaré aquí, Hugo.

—Bien, *Milady*.

—Hugo, ¿cree que es cierto lo que ha dicho Brooksie? ¿Vio realmente a alguien?

—¿Por qué no? Que yo sepa, la señora Sloan es poco dada a

fantasías y nada aficionada al alcohol. Y no se puede creer que haya gritado al ver su propia cara reflejada en el cristal.

Sylvia miró hacia la ventana señalada por Brooksie y que estaba situada sobre el fregadero.

—Dijo una cara negra… ¿Era de piel oscura el ayudante de Raddison?

—Se lo preguntaremos a mi amigo el sargento Tweil. Él debe de conocer la descripción física de Kyphor.

—Es cierto —convino la joven.

De pronto, Droxton recordó algo.

—*Milady*, ¿hay armas de fuego en la casa? —preguntó.

—No, que yo sepa, ni siquiera como adorno…

—Entonces, con el permiso de *Milady*, mañana iré a comprar una escopeta y algunos cartuchos.

—Hugo, no quisiera que se viese en un compromiso por mi culpa…

—Un poco de protección nunca está de más, *Milady* —respondió el mayordomo sentenciosamente.

CAPÍTULO IX

El hombre estaba sentado en una cerca baja de piedra, apoyadas las manos en un grueso bastón, mientras las ovejas pastoreaban en la llanura inmediata. Un enorme perro se veía echado a sus pies, aparentemente dormido, pero, en realidad, alerta al menor ruido que se produjera en las inmediaciones.

El mastín se irguió de pronto y emitió un gruñido. Los ojos del pastor contemplaron la silueta del hombre que caminaba hacia aquel lugar, a través de los prados.

—Hola —sonrió Droxton—. ¿Le importa que me siente aquí unos minutos?

El pastor movió una mano.

—Hay sitio de sobra —sonrió.

—Me llamo Hugo Droxton y soy el mayordomo de Hendon Cottage. Hoy es mi día libre y como hace un tiempo tan estupendo, decidí darme un paseo para estirar las piernas.

—Yo soy Hyle Roberts —dijo el pastor.

—Encantado. —Droxton sacó un cigarro y se lo ofreció al pastor —. ¿Le apetece?

Roberts olisqueó el tabaco y luego mordió la punta del cigarro. Droxton acarició la cabeza del mastín, que meneaba la cola afectuosamente.

—Bonito perro —dijo—. Cuidará bien de sus ovejas, supongo.

—A veces —contestó Roberts displicentemente.

—Vaya, no irá a decirme que el perro… ¿Cómo se llama?

—«Tuffy», señor Droxton.

—Bueno, yo lo que quería decir es que su perro ha de cuidar muy bien de las ovejas. Parece un mastín consciente de su deber. ¿Hay lobos en la comarca?

—Algunas veces, muy pocas, si el invierno es duro en demasía. Pero eso no me preocupa; entonces, las ovejas están bien guardadas.

—Entonces, nunca le faltan reses…

—Hace poco, algo se me comió dos ovejas.

Droxton sonrió para sí. Roberts estaba siendo llevado hacia donde él quería, sin advertirlo.

—¿Hay otros animales feroces? —preguntó.

—No lo sé, pero ocurrió en las inmediaciones de la ciénaga y, desde entonces, no he vuelto por allí. Tengo un cercado y a veces dejo las ovejas en aquel lugar, al cuidado de «Tuffy». Yo duermo en una cabaña próxima, pero aquella noche no oí nada. Créame, por la mañana, «Tuffy» estaba aterrorizado. Creo que aún no se le ha quitado el miedo del todo.

—Vaya, quizá alguna fiera se escapó de un circo…

—No, no es una fiera escapada de un circo. No sé qué puede ser; algunos dicen que hay un monstruo que vive en la ciénaga. El caso es que se me comió las dos ovejas y no dejó siquiera las pezuñas.

—¡Extraordinario! —dijo Droxton, fingiendo una enorme admiración.

—Algo hay en aquella maldita ciénaga, no cabe duda —continuó el pastor—. Por fortuna, si se trata de una bestia inmunda, un día tendrá que hacerse visible, cuando desequen la ciénaga. Todos lo estamos deseando, señor Droxton; en el verano, es una fuente de malos olores, que a veces, según el viento, llegan hasta el pueblo. Luego están los mosquitos…

—Y dice que la bestia se comió sus ovejas sin dejar el menor rastro.

—Bueno, de las reses no quedó absolutamente nada. Pero yo, a la mañana siguiente, vi algo muy raro en la hierba. ¿Usted ha visto alguna vez el rastro que deja un caracol? Pues lo que yo vi era idéntico, sólo que mucho más grande; lo menos tenía un par de metros de anchura. No sé, hay algo horrible en la ciénaga… y lo mejor que podrían hacer las autoridades es iniciar cuanto antes los trabajos de desecación.

Droxton se quedó callado unos instantes. Aquel rastro que mencionaba el pastor… En casa de Lita había visto algo parecido, aunque sólo tenía un par de palmos de anchura.

Roberts, en cambio, hablaba de dos metros.

¿Qué espantoso ser habitaba en la ciénaga?

¿Era, acaso, el resultado de los trabajos de Raddison?

Al cabo de un rato, se despidió del pastor. Richard Gordon no le había engañado.

En el río no había truchas. Dos ovejas habían sido devoradas por la bestia.

Algo horrible vivía en la ciénaga.

* * *

Cuando llegó al Cottage, encontró a Sylvia y al sargento tomando el té en las inmediaciones de la chimenea.

—Hay mucho que dragar allí —dijo Tweil—. No será una labor fácil, sobre todo, porque no se pueden emplear excavadoras. Podrían hundirse en un suelo que no tiene apenas consistencia. Y emplear hombres, es muy peligroso. De momento, no hemos encontrado nada, a pesar de que se han empleado un par de botes de goma y pértigas muy largas. Pero, en algunos puntos, las pértigas no tocan fondo. Se nota que hay algo más que agua; sin embargo, el barro tiene la suficiente falta de consistencia para que una pértiga lo atraviese sin dificultad.

—El crimen perfecto —sonrió Sylvia—. Ocho personas mataron a un hombre. El cadáver no aparece y los ocho criminales han desaparecido.

—He interrogado a los decoradores —manifestó Tweil—. Ninguno de ellos recuerda haber encontrado la menor huella de impactos de bala. ¿Quién sabe?, tal vez haya alguno en una pared o en el suelo, pero después de la restauración, resultaría una labor ímproba buscar ese proyectil.

—Destrozarían mi casa —dijo ella.

—Y quizá no consiguiéramos nada, de modo que dejaremos esto de lado.

—Lo que sí conviene es que busques al jamaicano —indicó Droxton.

—Sylvia me ha hablado de lo que vio la señora Sloan. Yo he interrogado al ama de llaves y, en efecto, el hombre a quien vio, pudiera ser Kyphor. Pero si le llamamos jamaicano es por su pasaporte y no porque sepamos seguro que nació en Jamaica, Lo único cierto es que era de piel oscura, aunque no de raza negra, atenuado el color epidérmico por algún mestizaje.

—En resumen, Kyphor se ha dejado ver y está escondido por alguna parte —dijo el joven.

—Trataremos de buscarlo. Hemos hecho un retrato robot y varios agentes lo están enseñando a las gentes de la vecindad. En el pueblo, por supuesto, lo conocían algunos, entre ellos la dueña de la tienda de comestibles, señora Mulligan, pero nadie ha vuelto a verle a partir de la fecha en que desapareció Raddison.

Droxton se acarició la mandíbula.

—Hay algo que me extraña mucho —dijo de pronto.

—¿Qué es, Hugo? —preguntó Sylvia.

—Raddison fue ejecutado por ocho personas a las que debía dinero, en total, unas ciento veinte o ciento veinticinco mil libras. Pero ¿es que ninguno de ellos pensó en el ayudante? ¿Por qué Kyphor, si se enteró del crimen, como parece lógico, no avisó a la policía?

Tweil suspiró.

—Esas preguntas tendrán contestación cuando encontremos a Kyphor —dijo—. Lo único cierto que hay es que ninguno de los ejecutores pareció reparar en el ayudante, ni tampoco la señora Curmond lo mencionó en su declaración.

—Hay otro punto incomprensible —intervino Sylvia—. He hablado con mi decorador. Cuando vinieron aquí, no encontraron el menor rastro de un laboratorio.

—Temo que se nos ha pasado un detalle por alto. El agente de venta de fincas tenía que saber a la fuerza que aquí residía un «sabio chiflado» —dijo Droxton—. ¿Quién le comunicó que el Cottage estaba libre?

—A mí nunca rae dijo nada al respecto —declaró la joven—. Jamás mencionó nada sobre el anterior inquilino y mucho menos sobre sus trabajos.

—Probablemente, quería vender la casa y ganarse la comisión. Si decía algo, podía perder un cliente interesado en la compra. Pero alguien tuvo que notificarle que el Cottage estaba desocupado.

Sylvia movió una mano.

—Mañana debo ir a Londres a entrevistarme con mi editor —dijo—. Hablaré con el agente.

—¿A qué hora debo preparar el coche de *Milady*? —consultó Droxton.

—No se preocupe, Hugo; conduciré yo misma. Usted puede quedarse a ayudar al sargento.

—Muy bien, *Milady*.

Tweil se hospedó aquella noche en el Cottage. Droxton le enseñó la habitación antes de la cena. El sargento sonrió maliciosamente.

—Una situación muy peculiar —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Droxton.

—Hombre… Tienes que servirme la cena… Debes tratar a esa chica como si fuese pariente de la reina…

—Soy el mayordomo de *Milady* —contestó Droxton, muy serio.

—Pues deberías intentar ser algo más. Porque vales y porque un día conseguirás…

Droxton se puso un dedo sobre los labios.

—Silencio —dijo rápidamente—. Harry, cierra el pico. No quiero que ella sepa nada. Además, bien sabes que necesito el sueldo que me gano.

Tweil sonrió comprensivamente.

—Cuenta conmigo, hombre —aseguró.

Sylvia regresó de Londres al día siguiente por la noche.

—Es cierto —manifestó—. El agente calló lo que él califica extrañas aficiones del anterior residente de Hendon Cottage. Me pidió disculpas, dijo que le perdonase… ¿Qué podía hacer yo?

—¿Qué más ha dicho, *Milady*? —preguntó Droxton.

—Bien, cierto día, recibió una carta, que me ha enseñado, en la que se daba por cancelado el contrato. La carta está firmada sólo con las iniciales A. R. El agente vino a los dos días y ya no encontró el menor rastro de laboratorio. La fecha es posterior a la muerte de Raddison en un par de semanas.

—Entonces, no cabe duda; fue Kyphor el que la escribió, pero después de haberse llevado cuanto había en el laboratorio de Raddison. Lo que interesaría ahora es encontrar a Kyphor, amigue temo que eso va a ser imposible o poco menos.

—Tweil lo conseguirá —dijo Sylvia confiadamente.

—Ya no estará aquí muchos días. Los rastreos en la ciénaga no dan resultado. Han consultado a diversos especialistas y conocedores del terreno que viven en la comarca, y todos coinciden en lo mismo; el cuerpo de Raddison puede encontrarse tal vez a treinta o cuarenta metros de profundidad. Será preciso esperar a que la ciénaga esté desecada.

—Y mientras tanto, algo horrible vive allí —musitó ella.

* * *

Al acabar la jornada, el señor y la señora Chills solían regresar al pueblo en un viejo cochecito de dos plazas, antiguo, pero bien conservado y con el motor en perfecto funcionamiento. Estaba a punto de anochecer y el señor Chills acababa de encender los faros.

De pronto, al doblar una curva, Chills vio un extraño obstáculo en mitad del camino. Apenas si tuvo tiempo de frenar, evitando por centímetros que las ruedas delanteras chocasen contra aquel bulto informe que cruzaba el camino casi por completo.

—¿Qué diablos es eso, Bart? —preguntó su esposa.

Chills paró el motor.

—No lo sé —rezongó—. Sólo te puedo decir que nunca lo había visto. Parece un montón de arena…

—Entonces, lo mejor que puedes hacer es apartarlo. Llevas una pala en el coche, creo.

—Es cierto. Quitaré una poca, lo justo para que nadie que vaya muy rápido pueda sufrir un accidente. Mañana retiraré el resto.

Por su profesión de jardinero, Chills solía llevar algunas herramientas en el maletero del vehículo. Después de apearse, fue a la zaga del coche, levantó la tapa y sacó la pala.

Tranquilamente, se acercó a aquella cosa. Tomó aire y empujó la pala.

La herramienta se hundió en una cosa blanda, inconsistente. De súbito, dos cosas surgieron de aquella masa, como tentáculos, y abrazaron el cuerpo de Chills.

Se oyó un grito desgarrador. Minnie empezó a chillar.

Los faros del coche seguían encendidos. Minnie salló del vehículo y corrió hacia su marido, agarrándolo por un brazo. Otro tentáculo surgió y rodeó sus caderas.

Los dos esposos intentaron resistir, pero fue en vano; lenta, pero ineludiblemente, fueron arrastrados por aquellos poderosos tentáculos.

Gritaban espeluznantemente, pero nadie les oyó. Poco a poco, la masa informe los atrajo hacia su seno, en donde desaparecieron a los pocos minutos.

El coche quedó solitario, abandonado en el camino, con las luces encendidas. Así lo encontraron al día siguiente, algunos vecinos del pueblo, entre los cuajes figuraba una hermana de la señora Chills,

alarmada por la tardanza en regresar de Minnie y de su esposo.

CAPÍTULO X

—La gente sospecha que fue la bestia de la ciénaga lo que devoró a los dos esposos —dijo Silvia.

Droxton asintió.

—Encontraron el coche abandonado. Todavía quedaba un poco de carga en la batería y las luces, aunque con poca intensidad, seguían luciendo —continuó la joven—. Hugo, debe de ser horrible encontrarse con esa bestia y ser devorado… o tal vez digerido vivo.

—*Milady* tiene razón —respondió Droxton—. En el camino se encontraron todos los objetos metálicos que ambos esposos llevaban sobre sus cuerpos: un par de relojes, los pendientes de la señora Chills, hebillas, clavos de los zapatos… Pero la ropa y hasta el cuero del calzado fue digerido por el formidable poder de ese animal.

—¿Es un animal, Hugo?

—Al menos, un ser viviente, *Milady*.

—¿Qué clase de ser?

Droxton se encogió de hombros.

—No puedo dar una respuesta concreta —dijo—. Sólo sé que es algo que necesita alimentarse de materia orgánica, pero viva… El hecho de que ya no se encuentren peces en el río que alimenta la ciénaga, viene a confirmar mis suposiciones, lo mismo que las ovejas que Roberts echó a faltar.

—Tiene que ser algo verdaderamente horrible —murmuró Sylvia —. Un perro de guarda no se impresiona tan fácilmente y «Tuffy» estaba aterrorizado a la mañana siguiente.

—Es posible… Quizá se trate de un organismo unicelular…

Silvia se sobresalió.

—¡Cómo! ¿Un ser que es una sola célula?

—Sólo he apuntado la posibilidad, no lo he asegurado, porque ignoro lo que sucede. Pero por la forma en que se alimenta, hemos de tener en cuenta esa hipótesis. Los fagocitos, los glóbulos blancos,

hacen lo mismo con las bacterias nocivas que llegan al organismo humano.

—Sí, es cierto… pero, una célula capaz de devorar a dos personas a un mismo tiempo…

De repente, se oyó un distante griterío.

Sylvia se alarmó. Droxton se acercó a una de las ventanas.

La señora Sloan entró en aquel momento.

Estaba muy agitada.

—¡Vengo del pueblo! —dijo—. Los vecinos están como locos. Todos llevan latas con petróleo…

—¡Diablos, no vendrán a quemar la casa! —exclamó Droxton.

Brooksie se ahogaba. Entre la excitación y el regreso en la bicicleta que solía utilizar apenas si podía articular las palabras.

—No, claro… Van a la ciénaga… Quieren quemar al monstruo…

—¿Quemar a la bestia? —exclamó Sylvia.

—Sí, señorita… Van más de doscientos hombres, cada uno con una lata de petróleo de diez litros por lo menos… Han estado reuniendo el combustible durante días enteros…

Droxton hizo un rápido cálculo. Doscientas latas, a diez litros, dos mil litros… Sí, una buena hoguera…

—El caso es que el fuego no se propague al bosque y llegue aquí —rezongó.

—Oh, no, hay preparados un par de camiones con material para extinción del fuego, por si las llamas avanzasen demasiado…

—De todos modos, no conseguirán nada —aseguró el joven.

Sylvia se volvió hacia Droxton.

—¿Por qué, Hugo?

—Si la ciénaga es tan profunda como se supone, si llega a los cuarenta metros en algún punto, es decir, antes de que el barro semilíquido se convierta en terreno completamente sólido, entonces, el ser se refugiará en lo más hondo. Parece que puede vivir dentro del agua y del barro indistintamente; por tanto, podrá permanecer largo rato, horas, incluso días, sin necesidad de aflorar a la superficie —respondió Droxton.

—Eso significa que el fuego será inútil.

—A menos que viertan el petróleo directamente sobre su estructura… pero no creo que lo consigan. El combustible se derramará sobre la superficie en una gran extensión y arderá hasta

consumirse. Y eso será todo.

—Entonces, deberíamos ir a decírselo…

—De nada serviría —dijo el joven sombríamente—. Están obcecados, encolerizados por la muerte de dos de sus convecinos y, objetivamente, es preciso darles la razón. No nos dan perdón, no harían ningún caso a *Milady*; incluso puede que ellos se volviesen contra usted y no precisamente con buenos modales.

—Yo también lo creo así —terció el ama de llaves—. Ahora ya no piensan; sólo son unas fieras que quieren matar a otra fiera. Es mejor que les dejemos desahogarse.

—Probablemente, creerán que el fuego ha destruido al monstruo y se volverán a sus casas mucho más tranquilos —apuntó Droxton.

El griterío se alejó y volvió el silencio.

Una hora más tarde, surgió un repentino resplandor en la lejanía. Las llamas alcanzaron gran altura en pocos segundos, cubriendo un extenso frente.

—Ellos piensan, aunque no lo sepan, de la misma forma que nosotros —dijo Droxton.

—¿Cómo? —se extrañó la joven.

—De un modo u otro, sospechan que el monstruo tuvo origen en esta casa. Por fortuna, los Chills, antes de morir, debían de haber hablado bastante bien de *Milady* y de las demás personas que estamos en la casa.

No debemos olvidar que han pasado ya unas cuantas semanas desde que llegamos aquí. Por lo que sé de los Chills, dejando aparte que eran excelentes personas, también resultaban bastante parlanchines. Por esa razón, afortunadamente, no vendrán a molestarnos.

El fuego iluminaba vivamente el horizonte, surgiendo por encima de las copas de los árboles. Era un espectáculo fantástico, bello y siniestro a un tiempo.

—En tal caso, y aunque lamentemos la muerte de ese pobre matrimonio, debemos felicitarnos de su charlatanería —dijo Sylvia.

—Así es, *Milady*.

La ventana principal del salón estaba abierta, al objeto de que los sonidos llegasen con mayor claridad a los espectadores. De repente, se oyó un lejano clamoreo.

—Parecen gritos de victoria…

—Sí —convino Droxton—. Diríase que han conseguido acabar con el monstruo.

Súbitamente, se oyó una estridente carcajada en las inmediaciones.

Sylvia lanzó un grito de temor y se aferró instintivamente con ambas manos al brazo de su mayordomo. Casi en el mismo instante, sonó una voz burlona:

—¡Él no morirá nunca! ¡Él es inmortal!

* * *

Antes de entrar en la casa, Droxton descargó la escopeta. Las dos mujeres aguardaban sentadas en el diván.

—Nada —dijo el joven—. Lo he recorrido todo. No he conseguido ver a nadie.

A Sylvia aún le duraba el susto. En cuanto a la señora Sloan, si bien no había oído nada, ocupada con sus cacharros, estaba junto a la dueña de la casa para hacerle compañía, mientras Droxton recorría los alrededores.

—Pero… Raddison está muerto… —dijo Sylvia.

—Eso es cierto. Yo no pensaba en él, sin embargo, sino en su ayudante. —Droxton frunció el ceño—. Kyphor está en alguna parte. Quizá ha estado siempre aquí y no lo hemos sabido ver…

Brooksie saltó en su asiento.

—¡Hugo, no diga eso! —chilló.

—Lo siento, señora Sloan, pero no puedo callarme mis opiniones. *Milady*, espero, comprenderá mi actitud.

—Sí, es cierto —aprobó la muchacha.

—Voy a darles un consejo. Suban, a sus habitaciones y enciérrense con llave. Yo vigilaré toda la noche —dijo Droxton.

—Se cansará…

—Hagan lo que les digo, por favor.

Silvia se puso en pie. Antes de abandonar el salón, lanzó una mirada a través de la ventana más próxima.

El fulgor del incendio era ya apenas visible. Resultaba patente que el poco fuego que quedaba era el que consumía las plantas más secas. En cuanto al petróleo, debía de haber ardido ya hacía mucho rato.

La humedad de la ciénaga, por fortuna, había impedido que el incendio se propagase a zonas más alejadas. Hendon Cottage, por

tanto, estaba a salvo de cualquier desperfecto.

Cuando las dos mujeres hubieron desaparecido, Droxton fue a la cocina y puso una cafetera al fuego. Buscó la escopeta, puso dos cartuchos en la recámara y la dejó al alcance de su mano.

Más que estar seguro, presentía que Kyphor, el ayudante de Raddison, se hallaba en las inmediaciones. Tal vez, en aquellos momentos, le espiaba desde algún punto en donde él no podía verle. ¿Dónde se escondía?

A fin de no hacer recelar a Kyphor, caso de que realmente estuviera espiándole, procuró portarse con entera naturalidad. Después de tomar un par de tazas de café, fue al salón y apagó todas las luces, excepto una lámpara situada junto a un diván. Puso cigarrillos al alcance de su mano y abrió el libro que había elegido para entretener la vela.

El tiempo transcurrió lentamente, En el gran carillón situado cerca del vestíbulo sonaron, lentas y musicales, las campanadas de la medianoche.

Pasó otra hora más. De pronto, Droxton creyó oír el ruido de una puerta que se cerraba en alguna parte.

Inmediatamente, apagó la luz y agarró la escopeta. Muy despacio, se acercó a la ventana y miró a través de los vidrios.

Había la suficiente luna para poder ver sin demasiadas dificultades. Una figura humana apareció unos segundos ante los ojos de Droxton, perdiéndose muy pronto en la espesura cercana.

Droxton reflexionó unos instantes. De pronto, corrió a la cocina, sin hacer el menor ruido, y buscó una linterna eléctrica, que colgó de su cinturón. Luego salió por la puerta posterior.

Tenía los ojos habituados a la oscuridad. La linterna era una especie de reserva para alguna situación crítica. Era fácil imaginarse la dirección que había tomado el desconocido.

El suelo era relativamente llano. De cuando en cuando, Droxton se detenía para escuchar y percibía crujidos de ramajes. Los sonidos le servían para no perderse. Resultaba evidente que el desconocido se creía solo y ya no tomaba precauciones de ninguna clase.

De repente, Droxton notó más intenso el olor de la ciénaga, mezclado con el de las hierbas y ramas quemadas. Un poco más adelante, vio al hombre detenido en un claro, con los brazos extendidos en cruz:

—¡Sal, mi señor! ¡Sal a buscarme! ¡Llévame contigo; quiero ser inmortal como tú! ¡Fui tu más leal servidor; recompénsame con la inmortalidad! ¡Sal, mi señor, sal y ven a buscarme!

* * *

A Droxton ya no le quedó la menor duda de que aquel hombre era Kyphor. Por un momento, se preguntó dónde y cómo había vivido durante aquellos meses, pero éste, decidió finalmente, era un asunto que habría de ser resuelto en su momento.

Las lamentaciones de Kyphor duraron largo rato.

Droxton aguardó pacientemente. Tenía la seguridad de que no era la primera vez que Kyphor acudía a la orilla de la ciénaga. Casi de repente, sin esperarlo, Kyphor dio media vuelta y emprendió el regreso.

Droxton decidió que ya era hora de hablar con el hombre y salió a terreno descubierto.

—Kyphor.

El jamaicano se sobresaltó horriblemente.

—¿Quién es usted? —exclamó.

—Droxton, mayordomo del Cottage. Quiero que me explique algunas cosas.

—No tengo por qué darle explicaciones de ninguna clase…

Al mismo tiempo que hablaba, Kyphor reanudaba la marcha. Droxton le detuvo con la escopeta.

—No siga —ordenó secamente—. Deseo hablar con usted.

—¿Qué quiere que le diga? El profesor fue asesinado, pero no murió. Ellos creían que lo habían matado y el profesor lo dijo bien claro; no moriría jamás y los haría reunirse con él. Así fue, ¿me comprende usted?

—Kyphor, usted envió las cartas…

—Sí, él presentía lo que podía suceder y me dio instrucciones. El papel estaba embadurnado con la fórmula que el profesor había descubierto y que, originando la mutación, proporcionaba la inmortalidad.

—Pero yo toqué esos papeles —dijo Droxton desconcertado.

—¿Con fuerza? A usted no le amenazaba nadie. Usted no tenía por qué pensar en una amenaza y enfadarse al recibir la carta, lo que, indefectiblemente, le llevaría a estrujar el papel con una mano, como hace cualquiera con un mensaje desagradable. Seguramente el

contacto de su mano con el papel fue muy ligero, ¿no es así?

Droxton recordó a Lita. Ella había hecho una bola con la carta de Glenville, empleando ambas manos. Los otros, probablemente, habían actuado de la misma manera. ¿No había encontrado la carta también estrujada en casa de Susan Stevens, después de la horripilante desaparición de la mujer por el desagüe de la bañera?

—Y ellos se transformaron…

—En una parte del profesor, que luego; al reunirse con él, formaron un todo. En el momento en que sufrieron la mutación, sabían ya lo que tenían que hacer.

—Todos vivían en Londres. Hay más de doscientos cincuenta kilómetros de distancia. ¿Cómo es posible que llegaran hasta aquí?

—¿No hay corrientes de agua? ¿No hay cloacas, alcantarillas, sumideros, desagües de todas clases? De aquí a Londres, cualquier ser podría viajar siempre por un medio acuático, sin necesidad de salir fuera… El Támesis está menos lejos de lo que parece; tiene afluentes, hay infinidad de canales y corrientes de agua… No les resultó difícil, aunque tampoco llegaron en un solo día, por supuesto.

—Ahora ya lo comprendo —dijo Droxton—. Pero ¿cómo sabían ellos que debían reunirse con… —le repugnaba pronunciar el nombre, pero no tenía otro remedio—, con Raddison?

—La forma no importa. La mente no se destruye.

—Y él les llamó…

—Apenas se inició la mutación, sabían que él les llamaba.

Droxton recordó las desesperadas palabras de Lita Curmond.

Ella no le había podido resistir. La mente de Raddison, aun en su forma de célula gigantesca, era demasiado poderosa. Quizá esa misma transformación había aumentado el poder de su mente hasta límites inconcebibles.

—Los vecinos del pueblo creen que lo quemaron —dijo, tras unos segundos de pausa.

Kyphor se echó a reír.

—¡Ilusos! Él es inmortal. El petróleo no le causaría más que un leve escozor, suponiendo que pudieran arrojárselo encima —contestó.

—Kyphor, ¿fue usted quien se llevó todos los aparatos del laboratorio? —preguntó Droxton.

—Sí, tenía instrucciones al respecto. El nuevo inquilino no debía saber nada, aunque parece ser que algo falló.

—Sí, algo falló —convino el joven—. Y hay algo que no podremos permitir, Kyphor.

—Dígalo, Droxton.

—Ya no se trata de los peces del río o de un par de ovejas, Raddison necesita alimento y atacó a dos seres humanos. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Sobrevino un espacio de silencio. Bruscamente, Kyphor alargó una mano y apartó la escopeta con violencia. Antes de que Droxton pudiera aprestarse a la defensa, un puño golpeó su mandíbula con duro impacto.

CAPÍTULO XI

Droxton se frotó el mentón. Aún le dolía un poco, a pesar de las horas transcurridas.

Sylvia le miraba con incredulidad. La joven sentía una notable inestabilidad en el estómago, después de haber escuchado el relato de su mayordomo.

—Confieso que no soy un experto en boxeo —dijo Droxton, en pie, junto a la mesa donde se hallaba la dueña del Cottage—. He practicado moderadamente otros deportes: atletismo, natación, fútbol, pero no boxeo. Lo único que siento es que Kyphor haya desaparecido.

—Ese hombre debe de estar loco —exclamó Silvia—. Pretender que Raddison es inmortal…

—Me gustaría tener una conversación más larga con él. Seguramente, nos diría cosas interesantísimas. No debemos olvidar que Raddison era una eminencia en su especialidad. Probablemente, descubrió una fórmula, tal vez incomprensible para nosotros, pero que permite una duración de las células poco menos que eterna, quién sabe si basada en la reunión de todas ellas en una especie de conglomerado unicelular, al cual se unen, además, los de otras personas.

—Pero eso sería espantoso —se estremeció ella—. Un ser monstruoso, sin forma, compuesto de muchas personas… viviendo eternamente en esa ciénaga…

—El peligro no está en que siga viviendo en la ciénaga, ni siquiera, por lamentable que parezca, o aunque se llame cínico, en que mate a más personas para alimentarse. El peligro real está en el incremento del potencial de su mente. Si ya tenía la fuerza suficiente para llamar a ocho personas, y eso al poco tiempo, unos tres meses, después de la ejecución, ¿qué no será dentro de un año, o dos o diez?

Sylvia sintió un helado escalofrío.

—Prefiero no pensarlo —murmuró.

—El poder de su mente alcanzaría límites inimaginables, y muy posiblemente, Raddison lo sabía ya al iniciar sus investigaciones sufragadas por sus víctimas. Lita Curmond mencionó investigaciones sobre cosmética, pero quizá no fueron sino excusas de Raddison. Lo que éste quería era dinero para seguir con sus trabajos en determinada dirección, muy distinta de la que se imaginaban los que le subvencionaban con su dinero.

—Sí, es posible —convino ella.

—Ahora, Kyphor anda por alguna parte. Acaso se escondió durante un tiempo, temeroso tal vez de las represalias de las víctimas de Raddison, por supuesto, antes de que éste llevara a cabo su plan. Pero después, al saber que las ocho personas ya habían desaparecido, volvió aquí, con la intención de que Raddison le confiriese también la inmortalidad.

—¡Hugo, entonces, los Chills no han muerto!

—Según este punto de vista, no; pero ahora forman un solo cuerpo con la ameba gigante que fue Raddison en un principio, es decir, esa cosa horrible que vive en la ciénaga.

—Sería curioso conocer esa forma de vida desde… adentro. —Sylvia volvió a sentir escalofríos—. ¡No, por nada del mundo querría yo vivir de esa manera, ni aunque me prometiesen la inmortalidad! Mi cuerpo es frágil, deleznable; sujeto al dolor y a las enfermedades y al envejecimiento… pero lo prefiero al cuerpo de una ameba.

Droxton sonrió para sus adentros. Realmente, Sylvia tenía un cuerpo muy bonito. Pero, claro, un mayordomo no podía decir eso a su ama.

—*Milady* tiene toda la razón del mundo —dijo, muy serio.

Sylvia se reclinó en su sillón.

—Hugo, he dejado en sus manos la dirección de las operaciones —exclamó—. ¿Cuál es el plan? Si acaso ha hecho alguno…

—No tenemos otra solución que vigilar, esperar de nuevo a que Kyphor se haga visible de nuevo.

—¿Y entonces?

—Esa cosa que es Raddison y diez personas más, tarde o temprano, emergerá del fondo de la ciénaga. Entonces habrá

llegado la hora de atacarla y destruirla.

—¡Es indestructible, Hugo!

—No hay ningún ser viviente sobre la superficie de la tierra que no sea mortal, *Milady* —contestó Droxton tajantemente.

Sylvia guardó silencio unos segundos. Luego dijo:

—Está bien, Hugo; se hará lo que usted disponga en este sentido, pero a la noche yo vigilaré con usted. Ahora, vaya a su cuarto y duerma; le conviene descansar unas cuantas horas.

—Como ordene *Milady* —respondió Droxton.

* * *

Las horas transcurrían lentamente. Sylvia, sentada en un butacón, empezó a dar cabezadas.

Droxton, convenientemente descansado, velaba y, aunque tenía un libro en las manos, escuchaba más que leía. La escopeta y la linterna estaban al alcance de sus manos.

De repente, se oyó un pequeño ruido en el exterior.

Sylvia se despertó, sobresaltada.

—¿Hugo?

Droxton estaba ya en pie.

—Algo ha volcado un tiesto en las cercanías del invernadero —dijo.

Hila se puso en pie. Droxton agarró la escopeta.

—Apague la luz, por favor.

Sylvia obedeció. El salón quedó a oscuras.

Droxton avanzó hacia la puerta que daba a la cocina. Bruscamente, se oyó un estrépito de cristales rotos.

Detrás del joven, Sylvia gritó.

Droxton retrocedió, aterrado. El olor era insoportable, pero otras sensaciones, asco, miedo, horror, eran muy superiores.

Una enorme masa grisácea, con leves irisaciones en la superficie, se deslizaba lentamente por la cocina. Droxton levantó la escopeta.

—No, esto no servirá —adivinó, desalentado.

¿Qué daño podían causar los perdigones de dos cartuchos a una masa que pesaba quizá dos toneladas? Posiblemente, la ameba absorbería con facilidad los glóbulos metálicos y luego los expulsaría sin el menor esfuerzo.

De repente, un largo tentáculo cilíndrico brotó de la masa. A Droxton le recordó uno de los flagelos que había visto al

microscopio, durante el examen en la platina, del combate entre un fagocito y un estafilococo.

Saltó a un lado. Sylvia fue menos rápida y el tentáculo rodeó su esbelta cintura.

La joven chilló. Droxton buscó con la vista un cuchillo, pero la ameba se interponía entre él y los cajones donde se hallaban los instrumentos de cocina.

Otro tentáculo surgió de la masa y apresó una de las piernas de Sylvia. Ella se sintió irresistiblemente atraída hacia la bestia.

—Hugo, por favor —clamó.

Furioso por la impotencia en que se hallaba, Droxton agarró la linterna con que alumbraba la escena con todas sus fuerzas. La lámpara dio cerca de la cúspide de la ameba y, sorprendentemente, penetró en su interior. Casi en el mismo instante, se oyó el chasquido del cristal roto que protegía la bombilla.

Entonces, los tentáculos se replegaron. Un terrible estremecimiento recorrió la epidermis del monstruo. Atónito, Droxton vio que el ser se retiraba con inusitada rapidez, agitado por leves convulsiones, que parecían ondulaciones de su piel grisácea.

Droxton saltó hacia el interruptor más próximo y encendió varias luces. Volvió la cabeza, seguro de que la ameba, por alguna razón desconocida, había emprendido la retirada.

Sylvia estaba caída en el suelo. Droxton la recogió en sus brazos y la llevó rápidamente a uno de los divanes.

Ella padecía un simple desmayo. Droxton corrió hacia la cocina y encendió la luz. Había en el suelo un rastro brillante, pegajoso… y no era la primera vez que lo veía.

Salió fuera. Las luces le permitieron ver unos ramajes que se agitaban en las cercanías del invernadero.

—La ameba se retira a la ciénaga —murmuró.

Pero volvería. Tenía hambre y no encontraba comida en las inmediaciones del lugar que había elegido como morada.

Por el momento, podía sentirse tranquilo. Llenó un vaso con agua y regresó al salón. Salpicó un poco la cara de Sylvia. Ella se agitó un poco, murmuró unas palabras incoherentes y acabó por sentarse en el diván.

—¡El monstruo! —gritó.

—Calma —dijo el joven—. Se ha ido y usted está sana y salva.

Ya no tiene nada por qué preocuparse.

Sylvia le miró, con el terror todavía retratado en su hermoso rostro.

—He creído morir…

—Afortunadamente, está viva —sonrió Droxton—. Permítame un momento, *Milady*.

Sylvia vestía chaqueta de lanilla, abierta, blusa y falda escocesa. Droxton agarró un pellizco de la media derecha y pegó un fuerte tirón, desgarrándola desde el muslo hasta el tobillo.

En la carne de la pantorrilla no se apreciaba sino una ligerísima señal rosada. Por precaución, Droxton trajo del baño un frasco de alcohol, con cuyo líquido friccionó fuertemente la parte afectada por la presión del tentáculo emitido por la ameba.

—Habrá que despertar a la señora Sloan —dijo al terminar—. Ella debe examinarle la cintura, aunque no creo que haya señal alguna. Sin embargo, creo que es preciso hacerlo, por simple precaución.

—Dudo mucho de que se despierte. Anoche tomó doble dosis de sedante —declaró Sylvia—. Y, dadas las circunstancias, no me importará que sea usted quien me vea la cintura. —Hizo un esfuerzo por sonreír—. A fin de cuentas, todos los veranos, cuando voy a la playa, uso traje de baño de dos piezas.

Algo más animada, se puso en pie y se quitó la chaqueta y la blusa y la combinación, volviéndose de espaldas al joven. Con la mano derecha señaló el punto de mayor presión del tentáculo.

—No se ve nada —dijo Droxton—. Pero las precauciones no están de más.

Él frotó por la parte de la espalda y Sylvia lo hizo en el estómago y los costados. Al cabo de unos momentos, volvió a vestirse.

—Hugo, esta vez no me rechazará una copa en mi compañía —dijo.

—Estaba a punto de proponérselo a *Milady* —sonrió él.

Después de tomar un sorbo, Sylvia se sintió mejor.

—De todos modos —dijo—, no puedo quitarme de la mente la visión de esa horrible cosa que vive en la ciénaga. ¿Por qué habrá venido aquí, Hugo?

—Es muy probable que esté hambrienta, *Milady*.

—Entonces, puede volver…

—Seguramente.

—Y es inmortal…

Droxton meneó la cabeza.

—No, no hay ningún ser vivo inmortal —repitió—. Pero algo le hizo huir. Si supiera qué fue, tendríamos adelantado mucho para conseguir su destrucción.

—Destruir el monstruo… Pero ¿no será un pecado, en cierto modo? —Se estremeció la joven.

—*Milady* lo dice porque Raddison buscó la transformación voluntaria en esa cosa, ¿no es cierto?

—De alguna manera, así es. Nosotros no podemos tomarnos la justicia por nuestra mano, Hugo.

—Permita a *Milady* que le recuerde a Bart y Minnie Chills. Ahora forman parte, «son» la ameba, y no por propia voluntad. En el caso de las otras ocho personas, podría hablarse de venganza, castigo por el crimen que cometieron… pero los Chills eran perfectamente inocentes de lo que sucedió. ¿Cómo podemos saber que la ameba no fagocitará a otros seres humanos, si hoy mismo hemos tenido un ejemplo de lo que puede hacer?

—Eso sí es verdad —reconoció la joven.

—Pero, además, tenemos el problema de que su poder aumenta día a día y aumentará más, a medida que consiga alimento, humano o no. Es cierto que por ahora, no tiene poder sobre nosotros; ni *Milady* ni yo sufrimos la perniciosa influencia de la sustancia que impregnaba las cartas amenazadoras y cuya composición desconocemos por completo. Ciertamente, tocamos el papel, pero yo recuerdo haber aconsejado a *Milady* que se lavase las manos a continuación, lo mismo que hice yo, y además, fue un contacto muy suave, sin presionar nuestra epidermis contra el papel de la carta. En cuanto a mí, si leí después otra misiva, ya lo hice con guantes que por cierto, quemé apenas regresé a casa.

»Esa sustancia inició la mutación de las víctimas de Raddison, de modo que ya cayeron bajo su influencia. Pero ¿no llegará el momento en que el poder mental de la ameba sea tal que baste con desearlo, para que cualquier persona obedezca la orden de estarse quieta y así ser engullida sin poder evitarlo? Por otra parte, creo que Susan Stevens, antigua conocida mía, Glenville, Weston, Lita

Curmond y los demás, siguen vivos de alguna forma y bajo una condición que no somos capaces de imaginarnos. Sinceramente, creo que nos agradecerían les evitemos lo que debe constituir para ellos un sufrimiento infinito —concluyó Droxton.

Sylvia asintió, muy impresionada por los argumentos de su mayordomo.

—Sí, creo que tiene razón —musitó—. Pero, en tal caso, ¿qué debemos hacer, Hugo?

—Esperar —respondió el joven—. Y pensar en la forma de destruir definitivamente ese horrible ser, tratando de averiguar qué es lo que le ha hecho huir cuando estaba a punto de consumar un nuevo ataque.

CAPÍTULO XII

Al día siguiente, Sylvia, pálida y ojerosa por una noche de insomnio, buscó a Droxton durante largo rato. Brooksie le sirvió el desayuno y declaró que no tenía la menor noticia del lugar en que podía hallarse el mayordomo.

—Empieza a tomarse demasiadas libertades, señorita —refunfuñó el ama de llaves—. Y eso no es bueno, porque cualquier día, creerá que es el que manda aquí, lo cual no es cierto…

La señora Sloan soltó una larga parrafada, despotricando contra el ausente mayordomo. Sylvia trató de disculparle, diciendo que estaría en su habitación, después de una noche casi completa en vela.

—No, no está durmiendo. Yo he ido a despertarle, no me contestó cuando llamé, abrí la puerta y vi la cama deshecha, pero vacía —respondió Brooksie cortante.

Sylvia sintió que se le cortaba la respiración.

—A ver si… —dijo, pero no se atrevió a completar la frase, horrorizada de las ideas que acudían a su mente.

—Lo que la señorita debería hacer es despedirle. Ese hombre se toma demasiadas libertades. Además, me parece que trata de conquistarla. Lo último que podría hacer la señorita sería casarse con su mayordomo…

—¡Brooksie! —Gritó Sylvia—. Eso no se me ha ocurrido siquiera.

—Pues como ese sujeto continúe aquí, usted perderá el seso por él.

La señora Sloan se marchó. Sylvia quedó sola en el comedor, sumamente preocupada por las frases del ama de llaves.

—¿Será cierto que me he enamorado de Hugo? —se dijo—. Pero si no he notado nada…

No había notado nada, pero se sentía inquieta por la ausencia

del mayordomo. Y era una inquietud superior a la que debería sentir por la falta de un simple sirviente.

Droxton se hizo visible al fin cerca de mediodía. Sylvia casi gritó al verle entrar en el salón.

—¡Hugo! ¿Dónde se ha metido hasta ahora?

Droxton se inclinó ligeramente.

—Ruego a *Milady* se digne aceptar mis sinceras disculpas. He estado buscando a Kyphor.

—Oh —comprendió ella en el acto—. ¿Ha encontrado algún rastro?

—No —respondió Droxton—. He recorrido el Cottage casi piedra por piedra y hasta he buscado algún escondite secreto en el sótano, pero no he podido hallar nada en absoluto.

—¿El desván?

—Tampoco. He tanteado tabiques, incluso he mirado en el falso tejado… Lamento decir que mis esfuerzos han resultado infructuosos.

—¿Entonces…?

—Nuestra preocupación, sobre todo, es el ser que habita en la ciénaga. Presiento que volverá, acaso esta noche. Es lo único que puedo decir a *Milady*.

Sylvia se mordió los labios.

—Algo le hizo huir, pero ¿qué fue?

Droxton no dijo nada, porque no tenía respuesta para aquella pregunta.

El día transcurrió lentamente. Sylvia se sentía inquieta y desasosegada. Al caer la tarde, para entretenerse un poco, se acercó al invernadero, construido durante las reformas, pero sin que Bart Chills hubiese podido completar el trabajo en el interior.

Había algunas plantas, sin embargo, que estaban bastante crecidas. Un par de rosales habían sido trasplantados y aparecían muy frondosos. Dado que ya anochecía, Silvia encendió las luces. Vio un par de rosas y buscó las tijeras para cortarlas y colocarlas en un jarrón.

De repente, oyó un leve chasquido.

El ruido llamó su atención y volvió la cabeza. Entonces vio un trozo del suelo, en uno de los senderos interiores, que giraba a un lado.

Era como la losa de un sepulcro. Sylvia sintió un pánico horrible. Quiso gritar, pero la voz no le salía de la garganta.

Una mano asomó por el hueco y empujó más aquella losa, hábilmente disimulada por la gravilla pegada a su superficie, de modo que pareciera parte del sendero. Luego, un rostro humano, de oscura epidermis, se hizo visible y Sylvia comprendió que aquel individuo era Kyphor, el ayudante de Raddison.

* * *

Súbitamente, un olor hediondo hirió la pituitaria de Sylvia. El terror se apoderó de su ánimo.

Kyphor le cerraba el paso, ya que ella se encontraba casi en el fondo del invernadero, un recinto cubierto, que era prácticamente todo cristal. Los rosales la protegían de la vista del sujeto, pero sólo en parte. Si a Kyphor se le ocurría volver la cabeza…

Sylvia se mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar. Quería llamar a Hugo desesperadamente, pero no se atrevía a emitir el menor sonido, temerosa de llamar su atención. Por otra parte, el hedor se hacía más intenso por momentos.

La bestia se acercaba. Sí, Hugo tenía razón; estaba hambrienta.

Kyphor terminó de salir de su escondite. Aspiró con fuerza.

Sonrió. Sylvia se horrorizó al ver aquella sonrisa.

De repente, se produjo un tremendo estrépito. Un montón de cristales volaron en pedazos por los aires.

Algo penetró en el invernadero. Kyphor lanzó un agudo alarido de triunfo:

—¡Estás aquí, mi señor! ¡Has acudido a mi llamada! ¡Soy tuyo, tuyo…!

Kyphor avanzó hacia aquella enorme cosa, sin sentir el menor temor.

—Quiero ser inmortal, como tú —clamó.

Varios tentáculos brotaron en el acto de la ameba. Kyphor reía como un demente cuando los flagelos envolvieron su cuerpo. Temblando de espanto, con el corazón a punto de estallar, Sylvia contempló la horripilante escena.

Lentamente, Kyphor fue arrastrado hacia la ameba. Sus pies primero, luego sus piernas, más tarde las caderas y el tronco, desaparecieron de la vista de la joven.

Lo último que quedó fuera, por un instante, fue la cabeza. Pero,

en aquel instante, Kyphor pareció darse cuenta de la suerte que iba a correr.

Un espeluznante alarido brotó de su garganta. Sylvia comprendió que en el último momento, Kyphor quería evitar ser devorado por la ameba. Ya no ansiaba ser inmortal.

El cuerpo del gigantesco ser envolvió por completo a Kyphor, cuyo alarido final se cortó bruscamente. Sylvia se dio cuenta de que sus dientes castañeteaban.

Permaneció en el mismo sitio, contemplando los estremecimientos que recorrían la superficie del monstruo, que ahora parecía un enorme montón de arena grisácea. Debía esperar a que se marchase…, pero, de súbito, la ameba inició un nuevo movimiento de reptación.

Horripilada, Sylvia se dio cuenta de que el monstruo se dirigía hacia ella. Retrocedió paso a paso. De pronto, su espalda chocó contra la pared del fondo del invernadero.

Con ojos llenos de desesperación, buscó algo que le permitiera romper los cristales. En la tierra no había un solo pedrusco. Las herramientas de jardinería estaban al otro lado, junto a la entrada.

Sólo tenía una solución. Juntó los brazos, colocando las manos ante el rostro, de modo que los codos le protegieran el pecho, y se dispuso a saltar de cabeza, para romper el vidrio más cercano.

En aquel instante, sonó una voz:

—¡Quieta, Sylvia!

La joven miró a través de los dedos de sus manos. Un sollozo de alegría brotó de su garganta.

Hugo acababa de aparecer en la entrada del invernadero. En sus manos podía ver un manojo de cordeles… No, parecían cables…

Droxton arrojó el primer cable sobre la epidermis de la ameba, que se agitó epilépticamente. Pero el cable parecía ser rechazado, por lo que Droxton, acercándose resueltamente, hincó el segundo.

Los movimientos superficiales de la bestia se hicieron agudamente convulsivos. Sylvia se preguntó qué era lo que la hacía sufrir.

Hugo hincó un par de cables más, en distintos puntos de la ameba. Las luces oscilaron y perdieron intensidad.

—Por aquí —llamó él—. Venga, rápido.

Sylvia echó a correr, por el lado opuesto. A cada segundo que

transcurría, la intensidad de la luz se hacía menor.

De repente, la ameba se desmoronó, se convirtió en un líquido negruzco, repugnante, del que se desprendía un horrible hedor. Sylvia sintió en un brazo el confortador contacto de la mano de su mayordomo y, desfallecida, se apoyó en su pecho.

El olor era nauseabundo. Droxton cogió en brazos a la joven y la llevó a casa, dejándola tendida en un diván, bajo los cuidados del ama de llaves.

Regresó al invernadero, la mayor parte del suelo estaba cubierta de aquella sustancia negruzca, hedionda, en la que ya no se percibía el menor movimiento.

De pronto, Droxton creyó sentir en el interior de su mente unas voces de gratitud. También percibió un colérico lamento, pero todo fue tan rápido, que hubo de preguntarse si no había sido una simple ilusión.

Meneó la cabeza. La amenaza había sido eliminada. Pero aquella cosa negra…

Ahora sí podría emplear unos cuantos litros de petróleo. No sólo era necesario, sino conveniente. El invernadero quedaría hecho una ruina, pero podría reconstruirse.

Más tarde, volvió al salón. A través de las ventanas, se divisaba el rojo resplandor de las llamas.

—Ya no hay peligro alguno —dijo.

Sylvia, recuperada, le dirigió una intensa mirada.

—¿Cómo lo hizo, Hugo?

—Estuve pensando todo el día, mientras seguía buscando a Kyphor. Sí, había un escondite en el sótano. Por lo visto, él y Raddison excavaron una galería a bastantes metros de profundidad. No sé qué intenciones tenían… acaso querían una estancia isotérmica, pero la entrada estaba al otro lado de un montón de leña. Kyphor había vuelto, porque quería alcanzar la inmortalidad; indudablemente, estaba desequilibrado, obsesionado por conseguir sus deseos. Él sabía que no podía vivir fuera, donde pudiera ser reconocido; por tanto, se escondía en esa galería y salía por las noches, esperando a que Raddison viniera a buscarle. Lo que ha sucedido finalmente.

—Sí, pero en el último momento, pareció arrepentirse…

—Ya no había remedio —dijo Droxton pensativamente.

—Pude darme cuenta de ello —murmuró Silvia—. Pero, Hugo, aún no me ha dicho cómo destruyó la ameba.

—Electricidad, *Milady*. Cuando arrojé la linterna a la bestia, ésta la rompió y sufrió una pequeñísima descarga, dado el reducido voltaje del artefacto. Esto me dio la idea de que una mayor tensión, durante más tiempo, podría conseguir algo positivo.

—Y lo consiguió.

—Sí. Después de hallar el escondite de Kyphor, preparé cable conductor en cantidad suficiente, conectando cuatro a diversas tomas de corriente. De esto modo, la ameba recibiría electricidad por distintos puntos de su estructura, ya que los extremos de los cables estaban desprovistos de su aislante. No era seguro que el fuego pudiera destruirla.

—Ahora lo comprendo todo. —De pronto, Sylvia se puso en pie e, impulsivamente, abrazó al joven y lo besó con fuerza en los labios—. Le debo la vida, Hugo.

—¡*Milady*! —exclamó él, muy sorprendido.

Brooksie entraba en aquel momento con una bandeja en las manos.

—Lo profeticé —refunfuñó—. Usted acabaría por enamorarse de su mayordomo, señorita. ¡Qué bochorno!

Sylvia se puso colorada.

—Eso no es cierto —dijo.

Droxton sonrió enigmáticamente.

—Lo que conviene decir en este caso es que aún no ha llegado la hora —respondió.

* * *

Unos meses más tarde, Droxton pidió sus vacaciones anuales.

Sylvia se desesperaba. Estaba enamorada de Hugo, pero éste no parecía correspondería. Por más insinuaciones que le había hecho, él se había comportado siempre con la más correcta frialdad Cuando Droxton anunció sus propósitos, ella casi se sintió aliviada.

—A ver si le olvido durante su ausencia.

Pocos días más tarde, Sylvia recibió una invitación:

«El Decano y Claustro de Profesores de la Universidad de…, se complacen en invitar a *lady* Sylvia Forrester, condesa Harleigh-Praw, al acto de la investidura de míster Hugo Droxton, como doctor en Biología…».

* * *

La ceremonia resultó muy emocionante. Los nuevos doctores recibieron sus diplomas y les fueron impuestos las togas y los birretes. Luego se cantó el Gaudeamus Igitur. Parientes y amigos felicitaron a los diplomados, les besaron, les estrecharon las manos, les abrazaron y les palmearon hasta casi romperles las espaldas.

Sylvia estaba en el lugar que el encargado de protocolo le había asignado. Vestía una gran pamela y traje color amarillo paja, con manga corta y guantes de malla. En la mano llevaba un bolso a juego.

Un hombre se acercó a ella. Llevaba puesto el birrete con la borla y la toga. En sus manos se veía el rollo del diploma, con el gran sello de la Universidad.

Droxton se detuvo ante la joven y sonrió.

Ella sonrió también, aunque tenía los ojos húmedos.

—Creo que empiezo a comprender —dijo—. Pero tienes que contarme muchas cosas…

—Sólo una —respondió él—. Tenlo un momento, por favor.

Sylvia cogió el diploma. Droxton se quitó la birreta, sacó algo del bolsillo de su chaleco y lo puso sobre el cuadrado plano de la birreta.

—*Milady*, el anillo de prometida está servido —dijo solemnemente.

Miró a la joven. Ella le devolvió la mirada.

—Acepto, Hugo —contestó Sylvia.

FIN